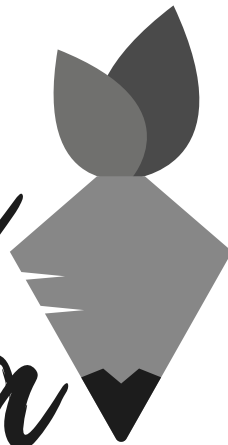


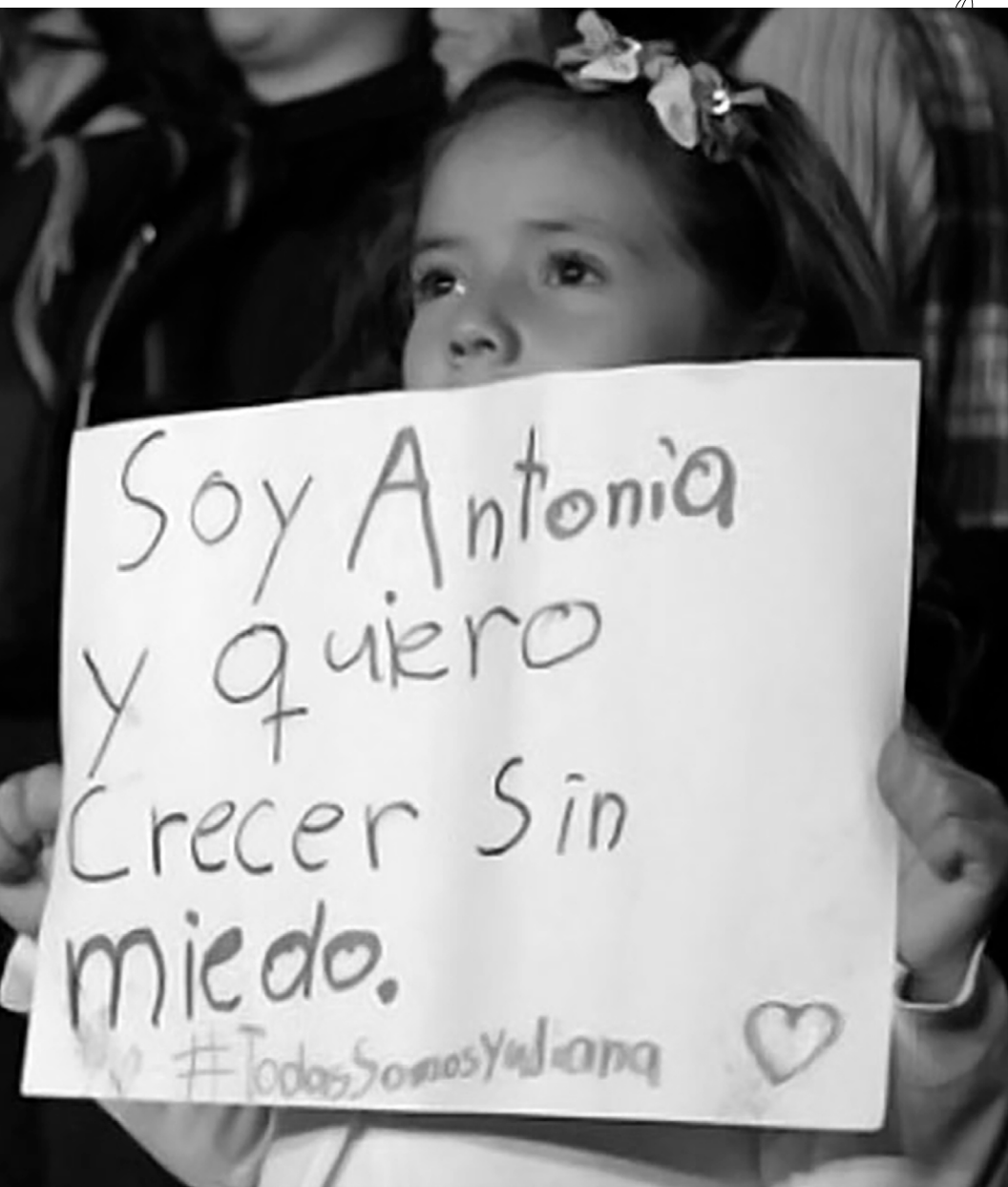
Escribir para la Vida



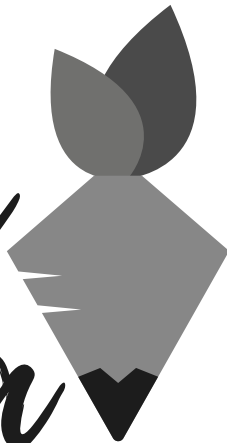


Escribir
para la *Vida*





Escribir
para la *Vida*



Editora
Karonlains Alarcón Forero

Equipo Editorial
Fundación Cultural Máktaba

máktaba 
Editorial

Primera edición.

© 2021, Editorial Máktaba.

Bogotá, D. C. Colombia.

www.editorialmaktaba.com

www.facebook.com/MaktabaAcademia

www.instagram.com/academiaeditorialmaktaba

contacto@editorialmaktaba.com

ISBN: 978-958-53817-0-4

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Primera impresión, 2021.

Edición: Karonlains Alarcón Forero.

Corrección: Julián Reyna K.

Diseño y diagramación: Damian Crofort.

Fotos de portada: Said Abdunur Pedraza.

Licencia CC BY-SA 4.0



Usted es libre de compartir, copiar y redistribuir este libro en cualquier medio o formato para cualquier propósito, bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** Debe dar crédito de manera adecuada e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de Editorial Máktaba.
- **Compartir igual:** Si remezcla, transforma o crea a partir de este libro, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Este libro es resultado del proceso “Escribir para la Vida”, proyecto ganador de la Beca de Diálogos y Encuentros de Mujeres Rurales y Campesinas.

Queremos agradecer a todas las personas que participaron e hicieron posible el libro, a Claudia que siempre estuvo dispuesta a escucharnos y apoyarnos en lo que necesitamos. Por supuesto, a las mujeres del Verjón que nos abrieron sus espacios de vida, y que se dieron la lucha por escribir a pesar de todo lo que se remueve cuando hay una estilográfica punzando por rayar.

Muchísimas gracias al equipo de la Fundación Cultural Máktaba, todas estuvieron muy atentas a ayudar en el trabajo, conocer la zona y disfrutar el proceso. Fueron muy abiertas a conocer diferentes formas de contar y escribir, y aprender de ello.

Gracias a las personas que van a leer este libro por tomarse el tiempo para hacerlo. Competir con YouTube, Netflix, Amazon y otros por la atención humana no es fácil, leernos es la forma de conocernos, y que lo hagas nos recompensa grandemente.

Gracias a la Divinidad que nos regala oportunidades portentosas para conocer Su Creación.

Atentamente,

كارونلاين وسعيد
Karonlains y Said

Equipo de apoyo Institucional:

Nicolás Francisco Montero Domínguez

Secretario de Cultura, Recreación y Deporte.

Alejandro Franco Plata

Director de Asuntos Locales y Participación.

Camilo Andrés Cáceres Castellanos

Profesional encargado del Equipo Poblacional.

Claudia del Pilar Mojica Martínez

Profesional encargada de la Beca de Diálogos y Encuentros de Mujeres Rurales y Campesinas.

Equipo de apoyo de la Fundación Cultural Máktaba:

Lizabeth Vargas Forero. Fue la encargada de que no se nos olvidaran formatos, cuentas, carpetas... toda la labor administrativa que resulta vital cuando a los jefes se les olvidan hasta las gafas.

Paka Forero. Por sus manos pasó la hechura de las agendas que luego las escritoras llenaron con sus hermosas historias, hizo los kits (junto con Lizabeth) de estilográficas, tintas y demás, que buscaban motivar la escritura. Su apoyo operativo fue fundamental.

Said Abdunur Pedraza. El ojo de la cámara, su registro fotográfico y fílmico apoyó el trabajo desde lo visual, y su ayuda hizo que todo fluyera.

Karonlains Alarcón Forero. La escritora que ideó el proyecto porque se lucha a brazo partido la escritura creativa para mujeres, quien apoyó el proceso de creación, la encargada de correr de punto a punto para los encuentros, convocar y por supuesto, sentarse a tomar tinto con todas.

Damian Crofort. Diseñador de todo, el logo, las portadas, el libro, su labor es primordial para que el libro sea un resultado que refleje la belleza del proceso. Aun debemos hablar de la falta de sueño en la última semana del proyecto, su sacrificio nos permitió imprimir a tiempo.

Julián Reyna. El corrector de estilo que tuvo que consultar hasta el Panhispánico de dudas para saber cómo se escribe una palabra (al final no la encontró), un proceso de aprendizaje lindo para alguien que también es escritor.

Gabriel Cantor. Quien ejecutó la ingrata tarea de transcribir las entrevistas, y a la tierna edad que tiene tuvo que aprender a escuchar a cinco mujeres hablando al mismo tiempo y sacar el tema principal. Ese conocimiento le será muy útil en su vida de adulto.



CONTENIDO

Una breve introducción	11
Notas del corrector	19
Mayita <i>Magdalena Rivera</i>	21
Doña María <i>María De Jesús Ruiz</i>	25
Daisy <i>Daisy Orjuela Ruíz</i>	45
Doña Claudia <i>Claudia Ruiz</i>	49
L J <i>L J</i>	63
La fuerza de la lucha desde adentro de cada ser <i>Viviana Soacha</i>	65
Sobrevivientes por no haber gritado	73
Viceversa <i>Ana Gómez</i>	76
La mamá osa	79
La vida del bosque después del coronavirus <i>Antonia Gómez (Antonia Ospina Gómez)</i>	80
El final del día <i>Malena</i>	85
Cuerpo en tierra <i>Marcela</i>	87
La casa del Verjón Bajo <i>Ángela Pérez</i>	91
Rodamonte <i>Ingrid Obando</i>	99





Una breve introducción

Conocer El Verjón fue primero una casualidad y luego una gran experiencia. Casualidad porque la primera vez que estuvimos mi esposo y yo fue porque nos perdimos, íbamos para el Instituto Roosevelt y terminamos en una carretera hermosísima y larga, cuando vimos un letrero que decía “Santuario de Guadalupe” fue cuando supimos que habíamos errado la ruta. Sin poder girar seguimos hasta encontrar una tienda que nos ofreció aguapanela caliente, una de las mejores almojábanas que he probado y un espacio amplio para girar el carro con seguridad. Mientras disfrutábamos de la comida también charlamos, y al hacerlo nos sorprendió que Sandra (con quien luego hablaríamos en repetidas ocasiones) nos dijera que aún nos encontrábamos en la capital. “¿Esto todavía es Bogotá?”, pregunté asombrada, ella sonrió y me confirmó: “Sí, esto es El Verjón, ya después queda Choachí”.



Desde ese momento quisimos conocer más de este territorio, una frontera verde que abraza a Bogotá, y como siempre, usamos la escritura, que es nuestra pasión, lo que amamos hacer, contar, relatar, juntarnos para ello; con esa expectativa planteamos el proyecto Escribir para la Vida con estas palabras:

“Escribir para vivir, para contar, para crear memoria y para validar las experiencias propias. Escribir es un encuentro con uno mismo y con el otro, un diálogo que provee maneras propias de experimentar el mundo. Asumir la escritura creativa como práctica sociocultural para mujeres rurales y campesinas es el propósito de este proyecto, y llevar esa escritura a un producto que enorgullezca a las escritoras es el paso natural luego del ejercicio de escribir. Por ello queremos convocar mujeres de la vereda El Verjón para que escriban desde la libertad de ser. Creemos que es un derecho de las mujeres relatar su propia vida, expresarse, crear y por ello en este espacio queremos que sean ellas las que hablen, que ellas, las mujeres

campesinas y rurales, cuenten sus historias, las que encuentren importantes por sí mismas, a través de sus propias palabras. Para ello, dialogaremos alrededor de la escritura creativa, narrativa y testimonial, por medio de un taller de escritura horizontal donde se reconozca el aporte de todas, y de esta manera buscaremos las letras que ellas quieran plasmar, y que cuenten lo que ellas deseen contar”.

De esta manera abrimos convocatoria para las inscripciones, reconociendo la labor de los que han estado antes que nosotros, proyectos que han abierto puntos de lectura y bibliotecas comunitarias en la zona, personas que trabajan con la escritura y que les apuestan a las letras para narrar la realidad de muchas.

Las escritoras nos informaron que antiguamente la zona estaba dividida en dos: Verjón Alto, perteneciente a la localidad de Santa fe, y Verjón Bajo, perteneciente a la localidad de Chapinero, pero desde hace unos diez años existe un proceso de escisión en donde también hay un Verjón Bajo de la localidad de Santa fe. Estas segmentaciones responden a directrices administrativas que ignoran los procesos de la zona y que crean divisiones internas en los procesos y el trabajo.

Para el proyecto tuvimos que recorrer bastante la zona, ya que por ser rural las casas están muy distanciadas, y conformamos dos grupos: Verjón Alto (Santa Fe) y Verjón Bajo (Chapinero y Santa fe), con el fin de facilitar la participación de las escritoras. En la zona hay diversos puntos de referencia: El Verjón Bajo Chapinero, el clásico, llega hasta el salón comunal de la zona, todo el Verjón Bajo llega hasta el Kilometro Once, donde está la tienda de Doña Sandra, ese lugar que primero nos recibió y cuya dueña siempre apoyó este proceso (aunque al final por tiempo y compromisos personales no pudo entregar su escrito, queremos reconocer su apoyo). Popularmente lo llaman “el Once” porque está ubicado en el kilómetro once, una forma en que los habitantes siempre se ubican.

En el Verjón Bajo también están la Biblioteca Comunitaria La Naranja, la antigua Escuela El Manzano, el Salón Comunal del Verjón Bajo y la biblioteca comunitaria de La Vara, lugares hermosos y puntos de referencia de ubicación y trabajo comunitario, además la Casa Colibrí, un lugar donde se respira naturaleza, ancestralidad y cultura.

Mientras el Verjón Bajo cuenta con un salón comunal, el Verjón Alto no; al preguntar la razón de esto, la señora Claudia del Verjón Alto nos

informó que se debe a que el terreno del salón comunal era un colegio: “Sí era un colegio, claro, todo eso está en deslizamiento, según los estudios que hicieron está en deslizamiento. Entonces por eso se cerró ese colegio y mandaron a los niños para acá arriba, tienen que reubicar los niños, habían pensado varios colegios, pero pues el más cerquita era el de aquí arriba. Entonces, pero ya la placa dice que eso es del Verjón Bajo, Chapinero. La placa que está y el presidente que dejó eso inaugurado, Cristino Bravo fue el presidente de allá de ese territorio, pero él era presidente de como Chapinero, entonces ahí hay una placa que se ve que dice.”

Hay una gran parte del Verjón que sigue montaña adentro, está el río, el mirador, la Virgen, hasta que el camino finalmente desemboca en La Calera por una parte y por otra llegaría a Monserrate, y se tiene que decir que llegaría porque no hay camino ni carretera, todo está completamente bloqueado por la naturaleza sin que reciba mantenimiento o atención alguna por parte de las autoridades. Igual que la carretera más allá de La Vara, que se encuentra en un pésimo estado haciendo que los habitantes que se encuentran en ese sector estén bastante aislados, tanto para participar de proyectos como este, como también para sacar sus productos agrícolas.

Sorprendentemente el Cerro de Guadalupe no hace parte de la vereda, El Verjón empieza en el kilómetro ocho o nueve de la carretera, las escritoras no estaban seguras en cuál, y para terminarla de enredar en el recibo de la luz aparecen como La Calera, Usme, identificación que no tienen ningún sentido ni se corresponde con la realidad, pero así está porque, según la Señora Claudia, “cuando construyeron toda esta vereda y solicitaron lo de la luz y todo eso, para esa época tocaba solicitar a La Calera, entonces la mayoría quedó así”. Muchas cosas dependen de la luz y ahora el servicio ha mejorado. “Hubo un tiempo que hubo generador aquí y o sea, así lloviera poquito eso ¡pum!, saltaba y quedábamos sin luz”.

El sector cuenta con luz en toda la zona, el agua no es del Acueducto de Bogotá sino de acueductos comunitarios y montajes que pertenecen a cada finca, las fincas, negocios y toda la zona del Verjón Bajo carece de servicio de alcantarillado. El internet es bastante malo, hay lugares que ni siquiera cuentan con señal de celular. La pandemia les benefició en esto porque se instalaron varias antenas de comunicación, lo cual mejoró la señal y ya hay una de las empresas que presta el servicio residencial. Sin embargo, hay muchas personas desconectadas, lo que ha afectado

muchísimo el acceso a la educación, porque no pueden inscribirse a cursos o universidades virtuales, debido a lo fluctuante de la señal. “No pues los celulares sí funcionaban, pero con estrategias, por ejemplo, tocaba ponerlo en una ventana, ahorita por la antena [hay mejor señal], pero donde se vaya la luz nos quedamos sin internet, sin teléfonos, sin nada”.

La línea divisora Verjón Bajo y Alto también marca una división en la población “porque acá en El Verjón Alto todos somos nativos, la mayoría digamos de cuarenta-cincuenta años hacia atrás nacieron y alcanzaron a vivir acá en el páramo. Ya de veinticinco años para acá pues ya fueron a Bogotá. Todos nativos y nacidos acá, mientras en El Verjón Bajo, Santa Fe, ya empezaron a llegar los ciudadanos a comprarles las tierras a los campesinos y empezaron ellos a hacer sus mansiones, ya empezaron a hacer sus quintas, sus fincas, entonces es muy diferente”.

Las escritoras del Verjón Alto se reconocen como campesinas, y lo dicen con orgullo y amor a sus tierras, con esfuerzo también, porque no es fácil ser campesina, ser mujer y ser lideresa, todo al mismo tiempo. Ellas reconocen el aporte de sus familias y tienen una estructura de trabajo conjunto. Muchas de las mujeres del Verjón Bajo llegaron buscando la ruralidad, la tranquilidad, el espacio propio para poder respirar de tanta asfixia que hay en la ciudad, sus procesos son otros, son de búsqueda, de cultura, de nuevas ruralidades.

Las del Verjón Alto se han ido organizando, y aprendiendo por el camino que significa eso, con organizaciones que han dejado de existir, como la Red de Mujeres del Verjón. Nos dice María Magdalena, presidenta de la Asociación Red de Mujeres Campesinas y Productoras AGUAVIVA del Verjón Alto: “Digamos que uno quiere ayudar a la comunidad y todo tiene que ser voluntario, y digamos muchas de esas mujeres, todas voluntariamente participaban en esa red, y digamos ya empiezan a salirle a uno ofertas de trabajo, pues claro uno ya tira para su oferta de trabajo y eso empieza a quedar solo y solo, y cada una empieza a conseguir trabajo. No ya quedan muy poquitas y ya no hay gente pa’trabajar”. Y la señora Claudia toma la palabra para complementar: “Entonces ya no hay quien le meta la ficha, siempre hay unas tres o cuatro o dos que le meten la ficha para que esto no muera, sino que siga siendo constante y constante, pero uno a veces tiene que elegir entre eso o buscar de verdad un futuro, si uno ya tiene hijos, tiene un hogar y uno tiene sus cosas y uno quiere ya disfrutar con la familia eso también tranca mucho, porque uno ya no

puede seguir, así de pronto a uno le nazca hacer fuerzas sociales, pero uno a veces también necesita su plata, sus cosas, pasar con la familia”.

A pesar de los constantes retos siguen organizándose, unas en espacios como Casa Colibrí, con la autogestión, el empuje, otras con sus propios emprendimientos, mejor dicho, con todo lo que encuentran para lograr su trabajo.

Y también está la salud, ¿se han preguntado cómo es sufrir de cáncer cuando estás en un sector rural? “Por ejemplo, nos tocó traerla y llevarla y mi esposo tenía pico y placa, y pues un amigo taxista, los amigos taxistas aquí la verdad no le dan a uno tan duro, y nos cobró sesenta mil pesos, treinta de para allá y treinta de para acá. Dios quiera mañana le den el carro para poder trasladarla, si no nos toca otra vez, sesenta mil...”. Toda la atención médica es en Bogotá, en ocasiones hay campañas de salud que les llegan, en especial para vacunación y oftalmología, pero no es de manera constante. Además, todo llega al colegio, que se ubica sobre la carretera principal, lo que hace que las personas del Verjón Bajo y de las zonas más lejanas no asistan.

Viviana nos contó: “Ha habido accidentes de comunidad, digámoslo así, accidentes y desafortunadamente han fallecido porque en el momento no hay un carro para llevarlo o la ambulancia se demora mucho. Hubo un muchacho que murió de un derrame cerebral. De aquí al hospital son unos veinte minutos el más cercano”, pero ese no es un hospital, es un centro de salud donde se pueden demorar varios días para ser remitidos a un hospital o un especialista; las citas y la atención de las EPS también tienen el mismo inconveniente: siempre será lejos, teniendo que tomar dos transportes, uno para llegar a la zona urbana de Bogotá y otro para desplazarse dentro de la ciudad. Hay una ruta SITP que sube, pero es un poco difícil saber a qué horas pasa. Hace el recorrido desde el Bicentenario hasta el kilómetro ochenta y seis donde termina Bogotá, en esta zona no hay paraderos, todavía está a la vieja usanza de timbrar donde se quiere bajar. Muchas personas se bajan en la carretera y para adentrarse en la montaña usan el caballo. Los puntos de la carretera reconocidos como El Once o El Seis en ocasiones sirven como recaudo para mercados y envíos, que luego sus dueños recogen en carros pequeños, camionetas y por supuesto, caballos. Ahora también se ven ciclas.

El ciclismo ha llegado a la zona como un proyecto de la Alcaldía de Bogotá para dinamizar los cerros, darlos a conocer y promover el

ciclismo. Desde hace tres años se ven las cuadrillas de ciclistas subir, y la carretera principal ha sido intervenida y con mantenimientos constantes para dar prioridad a los ciclistas, además se han creado recorridos que se adentran en las montañas o en los caminos secundarios, muchas veces son acompañados por la Policía Nacional para garantizar la seguridad. Todo el proceso inició un año antes de la pandemia.

Como los mismos habitantes de la vereda dicen, “eso tiene sus cosas buenas y malas”: “Cosas buenas es que a los que ponen sus negocios les va bien, eso es una entradita para la gente, sobre todo en fin de semana, y malo porque son muy cochinos. Usted encuentra tapabocas, botellas de agua, escupen por todo lado; por ejemplo, como uno tiene sus perritos ellos se salen y aquí a uno le bregan que porque tiene los perros afuera”. Los ciclistas piden que amarren los perros de las fincas, pero eso no es a lo que están habituados los animales, y además los habitantes no quieren hacerlo por seguridad, ya que se han presentado robos en la vereda.

Viviana nos dijo: “Por ejemplo los sábados, la gente baja sus productos, el mercado campesino, y ellos se creen los dueños de la carretera entonces ni se orillan ni nada sino son atravesados, y vaya dígales, se les botan todos”. Esto hace referencia a una problemática en donde grupos de ciclistas se toman atribuciones contra los habitantes del sector, se han presentado casos de personas fumando marihuana en predios privados y de trasposos ilegales en las fincas. Hasta el momento se han registrado seis muertos por imprudencia vial en la carretera, los ciclistas en ocasiones bajan a alta velocidad y como la carretera es llena de curvas, estrecha y con desfiladeros a un lado, se han presentado accidentes, en especial entre ciclistas y camiones que transportan mercancías desde o hacia Choachí.

Por otro lado, reconocen que el ciclismo, las carreras y los eventos que se hacen alrededor de este deporte han ayudado a visibilizar la vereda, que llegan más proyectos y beneficios. Ahora se busca mejorar la conectividad. También están luchando por espacios culturales y deportivos, solo en el colegio del Verjón Alto hay un parque y una cancha, lo que no es suficiente para la comunidad. También quieren que las autoridades garanticen la seguridad, ya que con la llegada de los ciclistas se ha abierto paso al turismo ecológico y comunitario, pero se han presentado robos de ganado y envenenamiento de perros, buscan que les garanticen su tranquilidad y el cuidado del ambiente en el que viven. También solicitan que las oportunidades

de trabajo que se abran con el turismo y otros proyectos tengan en cuenta a los jóvenes de la vereda para darles trabajo y formación.

Metodología

Queridas lectoras y amables lectores, ustedes podrán preguntarse: ¿De dónde sacaron toda esta información? Bueno, esto es fruto de la metodología que implementamos en el proyecto. Verán, nosotros no llegamos a una zona a enseñar, llegamos a compartir, y eso fue lo que hicimos en El Verjón. Luego de las inscripciones y de conformar los dos grupos, hicimos varios talleres de escritura horizontal, en donde cada escritora expresa lo que quiere escribir y no hay restricción, no es: debes escribir testimonial, o solo la historia de tu vida, no. En Editorial Máktaba reconocemos que las letras son una forma de expresarse y de construir tu entorno, y por eso no deben estar restringidas a lo que otros creen que debes escribir.

Luego de hablar sobre el pasado de escritura de cada una, contar anécdotas y hasta recordar malos ratos, cada escritora iba presentando lo escrito y cada una de las presentes daba su opinión, no importaba la ortografía o la gramática, sino el sentimiento que despertaba el texto, lo compartido, la historia detrás del cuento, la mujer detrás de la escritora. De esta manera logramos textos de diversas índoles, de fuentes diferentes, porque cada una expresó lo que le era necesario. Luego se realizó una corrección de estilo, que se les presentó de nuevo a las escritoras para que ellas la aprobaran y los textos estuvieron listos.

Como parte integral de lo que es El Verjón es la hermosa naturaleza que los abraza, decidimos incluir un fragmento del extenso archivo fotográfico que se logró en el proyecto, dentro de la diagramación del libro, así como en la portada, quisimos traerles un poquito del frío, de la belleza y la calma que regala El Verjón.

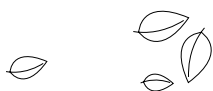
No nos queda más que invitarlos e invitarlas a que lean estas historias, esperamos que se emocionen, que las quieran y que la próxima vez que vean Monserrate sepan que detrás está El Verjón, vigilante, un caminante entre las montañas que siempre ha abrazado a Bogotá.

كارونلاينز الاركون فوريرو

Karonlains Alarcón Forero

BOGOTÁ, NOVIEMBRE DE 2021





Notas del corrector

Encontrarme con estos textos fue una gran sorpresa y un reto mayor a lo que en un principio me esperaba: al leerlos, al darme cuenta de la carga oral que contenían, la estructura gramatical subordinada a la oralidad, supe que tenía que apropiarme de cada voz para poder aportar con correcciones de estilo que le permitieran al lector encontrar mayor sentido en las frases pero sin llegar a afectar la sonoridad, el ritmo que le daba vitalidad y poder a lo que narraban, a las palabras que ellas sentían y utilizaron para contar sus historias, escribir cuentos o poemas, testimonios, mostrarse tal como son a un lector que se sentirá agradecido porque ellas, las mujeres de la montaña, nos dejan participar de su intimidad, compartimos sus vivencias mientras leemos y disfrutamos de la voz particular de cada una.

Esa oralidad que destaco, y que me siento contento y agradecido de encontrar, me sorprendió y me ayudó a comprender que la voz, la sonoridad, el ritmo inconsciente con el que se narra muchas veces se pierde en la transcripción buscando una estructura gramatical correcta, al igual que en muchos textos literarios o científicos, se elimina lo oral sin comprender su importancia, su vitalidad, sus raíces como formas primeras del lenguaje.

Por otro lado, es interesante leer cómo las historias se van hilando y complementando desde diferentes formas de narrar, se hacen una sola que habla sobre ellas, sobre El Verjón y sus familias, su línea temporal, sus juegos o historias de juventud. Hay familiaridad en lo que narran y es un privilegio escucharlas, ser parte de sus vidas al leerlas.

Julián Reyna K.

BOGOTÁ, NOVIEMBRE DE 2021





Mi nombre es Magdalena Rivera, tengo 37 años, nací y vivo en la vereda El Verjón Alto. Me gusta el futbol, hincha de Millonarios. Me gusta colaborarle a los demás, estar pendiente de la vereda y de la comunidad.

MAGDALENA RIVERA



Mayita

Hola, mi nombre es Magdalena Rivera, nací el quince de diciembre de 1983. Nací y vivo en la vereda El Verjón Alto.

Recuerdo que cuando niña no teníamos tantos lujos como en la actualidad, pero éramos privilegiados y afortunados de vivir y disfrutar de este maravilloso paraíso. Recuerdo que con mis hermanos dormíamos en una sola pieza y era lo mejor, jugábamos muchísimo, a veces mi mamá nos regañaba porque no dejábamos dormir entre tantas risas. Cuando nos ponía a rezar el rosario a veces nos daba risa y mi mamá nos pegaba [risas].

Nos gustaba jugar en los árboles, en los potreros, en el monte, en las quebradas. A veces nos metíamos entre unas canecas y nos rodábamos potrero abajo, era muy divertido. Nos encontrábamos con los primos y formábamos un grupo como de doce niños, casi todos de edades muy similares.

Mi primaria la terminé en la Escuela Nueva El Verjón Alto en el año 1995. Fue una época de aprendizaje muy bonita, la entrada era a las siete de la mañana y lo primero que hacíamos era ponernos nuestros zapatos en el portón del patio y formar por cursos para iniciar con la oración de todos los días. La escuela era nuestro segundo hogar, salíamos a paseos en el Alto de la Viga, a la casa de Drácula [risas], así le decíamos porque escuchábamos historias de los más mayores y nosotros las complementábamos, íbamos a las quebradas y nuestro compartir era siempre maíz pira, plátano frito y jugo de guayaba o gelatina; para nosotros era un manjar.

En las horas de descanso jugábamos fútbol, a las cogidas o carreras en el patio pues con nuestros zapatones aprovechábamos para brillar el piso de una vez, todos los días dejábamos aseados nuestros salones y en épocas de invierno, que eran casi todos los días, llevábamos nuestras botas y ruanas pero a la entrada del colegio o en los salones teníamos un lugar para dejar las ruanas colgadas mientras les escurría el agua [risas]. Fue una época imborrable.



Mi papá murió cuando yo tenía catorce años, recuerdo que en esos días yo no lo creía, me alejaba de la casa y miraba al cielo diciéndole a Dios que por qué, que eso era una mentira [llanto y nostalgia]. También recuerdo que mi hermano mayor era el que nos cocinaba cuando mi mami le tocaba trabajar, él nos “cuidaba” [risas]. Su menú preferido eran las papas fritas y arroz. En esa época la comida también era poca, a veces desayunábamos con agua de panela y un pan o a veces solo agua de panela después de que murió mi papá, pero no fue por mucho tiempo porque mi mami se dedicó a trabajar y como pudo nos hizo terminar ese año escolar “Séptimo”, al siguiente año no pudimos estudiar, pero en el año 1999 volví al colegio y pude terminar mi bachillerato.

Me gradué en el colegio Domingo Savio de Guasca. Me desempeñé y resalté por ser buena estudiante y una excelente y ágil jugadora de micro, tanto en la escuela como en los colegios que estudié. Era algo que me apasionaba, era feliz jugando fútbol. Jugué en varias veredas de Choachí, en Bogotá, La Calera, Guasca y poco a poco fui siendo reconocida por jugar tan bien: medallas, trofeos y felicitaciones, muchas veces quedaba de goleadora, era lo mejor, soñaba con jugar profesionalmente y ojalá pudiera en la liga de mi equipo del alma Millonarios, pero no se me cumplió [triste, nostalgia].

Formé mi hogar, tengo dos hijos y más o menos desde esa época empecé mi liderazgo en la comunidad, pues inicié siendo Madre Voluntaria en el ICBF; acá en la vereda tenía más o menos sesenta niños y niñas menores de cinco años, los cuales eran beneficiarios de unas galletas, leches y Bienestarina, que era lo que se daba en esas épocas. Asistía a las reuniones que convocaba la Junta de Acción Comunal (JAC) y había temas que me interesaban como el deporte y temas que tuvieran que ver con servir a la comunidad, y más que todo a los niños y niñas. En cualquier evento, reunión u otra actividad me gustaba colaborar, estar pendiente de todo.

El sábado veintiséis de noviembre del 2017 nuestros corazones se partieron en mil pedazos al escuchar la voz de mi hermano mayor diciéndonos que a mi hermano menor lo habían matado [llanto, nostalgia, rabia y dolor]. Fue un golpe muy duro y aun escribiendo esta historia mi corazón y mis ojos no han dejado de llorar de pensar en el Jason; fueron meses muy tristes y difíciles de superar. Lo recuerdo constantemente, lloro en silencio y a veces me alejo para que nadie lo note y para que mis hijos no me vean llorando, su recuerdo está muy claro, recordar su sonrisa, sus historias, su

braveza y sobre todo su apoyo. Me arrepiento de muchas cosas que pude hacer por él y no las hice a pesar de que él me las pedía [llanto]... solo espero que me perdone... Qué difícil recordar a mi hermano.

Ese mismo año fui elegida como presidenta de la JAC, aunque en mi pensamiento solo era postularme para el comité de deportes y así trabajar y gestionar para construir una cancha deportiva y fortalecer el deporte en la vereda, pero terminé siendo presidenta. Ese día cuando terminó la reunión todavía no lo creía y mucho menos lo asimilaba [risas]. Fue un proceso muy duro pues siempre me caractericé por ser tímida, callada y no tan sociable; sin embargo estaba en un puesto de mucha responsabilidad pues tenía que velar por toda la comunidad. Lo primero que hice fue darme valor, coraje a mí misma y empezar a trabajar. Poco a poco me fui dando a conocer en los diferentes espacios y lugares. Fui aprendiendo que así como hay gente buena que te enseña nuevos caminos, fortalezas y te abren puertas, así también hay personas que te ponen tropiezos, barreras y obstáculos de diferentes maneras para verte caer. Pero yo creo que todo eso son fortalezas porque uno se vuelve más guerrera, con ganas de lograr todas las metas propuestas aunque sabemos que no depende de nosotros sino de las entidades pero bueno, esos son temas políticos [risas]. Este año 2021 completé seis años de presidenta de la JAC y la verdad he aprendido mucho, se han realizado varias cosas y seguimos en la lucha.

Cuando jugaba fútbol me sentía imparable, me emocionaba tanto que no pensaba en nada, solo en disfrutar, me alegraba tanto que a mis amigos y conocidos les gustara como jugaba, fueron muchos años de pisar varias canchas, de triunfos y derrotas, de risas y de compartir cada vez que nos presentábamos en los campeonatos.

Soñaba con pertenecer a la liga de Millonarios y quizá representar a Colombia en el fútbol femenino, pero todo acabó y mi sueño fracasó en el año 2005. Sin embargo años más tarde volví a practicar fútbol pero ya era como por no perder la rutina; empecé a jugar en los barrios de Bogotá y poco a poco volví a darme a conocer. En uno de esos campeonatos nos invitaron a jugar un mixto “hombres y mujeres” y con mis hermanos formamos el equipo en homenaje a mi hermano menor fallecido. Desafortunadamente una noche en pleno partido hice un giro no apropiado y se me rompieron los ligamentos de la rodilla izquierda y ahí sí no pude volver a correr ni a jugar con confianza.



Soy María de Jesús Ruiz, tengo 64 años, cinco hijos y cinco nietos. Me gusta vivir en el Verjón, vivo acá hace cuarenta años, desde que me casé. Tengo una granja y amo los animales. Vivir en el campo es delicioso por la paz y por la tranquilidad.

MARÍA DE JESÚS RUIZ



Doña María

Karonlains Alarcón (KA): En un principio la idea era que ustedes escribieran su historia, pero doña María, por ejemplo, decía que a ella escribir se le hacía muy pesado. Yo le decía a ella: “bueno, pues sí tiene toda la razón”. Entonces de ahí salió la idea de que en lugar de escribir las íbamos a grabar, luego transcribíamos para que pudieran leérselas y para que vieran que sí escribimos lo que ustedes nos contaron, que no nos pusimos a inventar ni a tergiversar nada de las historias, tanto la suya (doña Claudia) como la de doña María, que igual van a estar como anudadas en el libro que vamos a sacar. La idea, doña Claudia, es que su hija (Ingrid) también está escribiendo al igual que otras mujeres y que todas puedan contar su historia. Eso es lo que vamos a hacer. En esta entrevista están doña Claudia, doña María, Ingrid y Viviana. Lo primero que yo les quería preguntar es: ¿Ustedes de donde son?, ¿dónde nacieron?

Doña Claudia (DC): De la vereda San Roque, eso es municipio de Ubaque, es colindante con esta vereda [El Verjón].

KA: Cuando ustedes me decían que allá arriba, allá arriba es Ubaque, ya no es El Verjón.

Doña María (DM): Desde donde vivimos se gasta una hora, pero de aquí donde colinda ya es cerquita.

DC: Es el camino de piedra el que parte Ubaque y El Verjón.

KA: ¿Cuánto es de aquí a allá?

DM: Pues ahí de la carretera pa'arriba qué... una media hora.

DC: Depende de lo lento pa'caminar [risas].

DM: Exactamente, sí. Pero si es desde la carretera, de ahí pa'arribita al paso de nosotras por ahí una media hora porque se gaste uno mucho.

KA: ¿Y ustedes cuantos años tienen?, porque doña María ya me respondió, ella tiene sesenta y cuatro, ¿y sumercé claudia?

DC: Cincuenta y dos.

KA: Se llevan diez años de diferencia. ¿Cuántos hermanos, doña maría?, ¿catorce?

DM: Noooooo, nosotros somos...

DC: Somos doce. Once

KA: No, solo por tres me equivoque [risas].

DM: Once, pero ahorita somos diez [risas]. Es que se murió un hermano, entonces dese cuenta.

DC: Éramos diez mujeres y dos hombres, pero a la primera no la conocimos.

DM: Si, a la primera de las mayores nunca la conocimos.

KA: ¿Por qué murió?

DC: Pues como en ese tiempo creo que daban las enfermedades de las pandemias, el SIDA y todo eso, entonces no había remedios, no había drogas, la fiebre la mató. Era pequeñita, creo que tenía como unos tres años.

KA: ¿Y la otra hermana de qué murió?

DM: Ella sufría de, de, de...

DC: Ataques epilépticos. Estaba embarazada y al momento de darle la convulsión empezaron los dolores del parto.

KA: Ay, ¿las dos cosas al mismo tiempo?, pobrecita.

DC: Ella duro mucho así y pues también se murió la bebé, la niña.

DM: Se ahogó con la niña, estaba sola.

DC: Es que estaba en Bogotá, sí, y nosotros acá.

DM: Están los que dicen que duró mucho así y si no, se hubiera podido sacar la bebé, pero... (silencio).

KA: Ustedes, ¿hace cuánto se vinieron para El Verjón?

DM: Yo hace cuarenta y cinco años.

KA: Hace ya mucho tiempo, ¿y la señora Claudia?

DC: Yo treinta y dos, treinta y tres años, lo que tiene [risa y señala a su hija Daisy].

KA: ¿Por qué se vinieron para acá?

DM: De la casa salí de doce años, y ya empecé a venir para acá, que trabajaba por ahí, por allá abajo y luego de ahí empecé a salir, ya tenía doce años, ni los tendría... y me venía e iba y volvía y así seguí, después ya me sacó mi mami para trabajar a Bogotá y no sé qué, y así pasó el tiempito, el tiempito y (silencio)... hasta que al fin. Conseguí novio acá y aquí ya me quedé.

KA: Ahhh. Fue por el novio.

DM: Sí, porque me casé y ya ese era de acá entonces ya. Pasé de un pueblo a otro. Fue como poco lo que estuve abajo en la casa.

DC: Sí, los mayores se fueron temprano de edad.

DM: Ella [Claudia] fue la que duró más años porque nosotros ni siquiera un tiempo largo en casa de papá.

DC: Ella si se salió jovencita porque como no había más trabajo así que..., entonces mi mami las sacaba jóvenes para trabajar, se las traía y como ella sí conocía, tenía mucha conciencia por acá en Bogotá, se las trajeron para que las pusieran a trabajar.

DM: A la casa iba uno, pero ya no a quedarse un tiempo.

DC: Sí, porque yo no me acuerdo de María y de Betty allá en la casa, ni de Luz Marina, muy poco, bueno, pues de Luz Marina un poquito más, pero de ella y de mi otra hermana mayor que va allá en la casa ya no me acuerdo.

KA: Y... ¿en que trabajaba?

DM: Yo cuando salí de la casa tenía por ahí unos doce años, en La Bolsa vivía una señora y la habían operado, tenían varios niños, eran como unos cinco y yo era muy guapa, y yo venía a cuidarlos porque la señora estaba hospitalizada.

KA: Pero usted también era una niña.

DC: ¿Eran los hijos de la señora Verónica?

DM: Sí, imagínese porque esos chinos estaban grandes, estudiaban en Monserrate y yo en la casa con los más chiquitos.

KA: ¿En Monserrate había colegio?

DC: Sí, había uno de los colegios allá arriba en Monserrate de toda la vida.

DM: La mayoría de la vereda creo que estudiaba en Monserrate.

DC: Bachillerato porque aquí no había, aquí era solo primaria o ahí lo poco que se estudiaba. En Monserrate si había bachillerato, pero allá los niños los dejaban, era internado.

DM: Mi esposo también estudió allá. Yo me vine acá, pero a cuidarlos a cuidarles los hijos a la señora Verónica.

Deisy en voz de fondo: ¿Y mi tía dónde estudio?

DM: En...lo que yo estudié lo estudié en Bogotá. Yo aquí no estudié, yo hasta quinto, pero en Bogotá.

KA: ¿Ya grande?

DM: Claro, cuando me fui a trabajar a Bogotá.

Aquí recuerdan sobre el estudio, doña María que estudió en Bogotá y Doña Claudia que terminó el bachillerato hasta hace poco en validación.

DC: Porque aquí no había colegio creo.

DM: La que nos enseñó a leer [en la vereda] fue Rosalba, abajo donde doña Margarita. Medio medio ahí al pie de Lina.

KA: Pero no era una escuela.

DM: No, una señora ahí que se ponía en esas de enseñar.

DC: Una china que había ahí, chinos también, y ella me enseñó, nos enseñó, como a Beto a leer y ya después nos fuimos para Bogotá. Lo poco que estudié lo estudié en Bogotá.

KA: Usted dice que cuando se fue ya era grande y tenía doce añitos, ¿si ve cómo cambian las cosas? Porque ahorita catorce años sigue siendo chiquita.

DM: Sí, pero en Bogotá estaba con una madrina, y uno trabajaba en una casa con mi madrina, ella me llevo pa'la casa y me pusieron a estudiar. A Betty también.

DC: ¿Pero de corrido sí sabe leer?

DM: Humm... sí, un poquito, pero sí.

KA: ¿Y entonces usted se devolvió de la casa de su madrina en Bogotá para El Verjón?

DM: Nos vinimos, porque cuando me vine de Bogotá ya me había casado.

KA: ¿A qué edad se casó Doña María?

DM: Por ahí tendría unos diecinueve años.

KA: Ahhhh bueno, es que duró cinco años en Bogotá.

DM: Harto, sí, porque no se podía estar de un lado para otro, pero ya estábamos en Bogotá y duramos harto tiempo y me estaba donde ella [mi madrina], ya tenía uno más conocimiento y ya entonces uno buscaba trabajo [risas].

DM: Duramos harto tiempo, casi todas estuvimos allá.

KA: Y ella las recibía, se las llevaba.

DM: Está recién muerta, ¿no? Como unos dos meses.

DC: Como dos meses de muerta la madrina.

KA: ¿Cuántos años tenía?

DM: Quién sabe cuántos tendría, unos sesenta y ocho años. Muy conservada, apenas vino, nosotros llevábamos un tiempo ya sin vernos con mi madrina. Unos años, después de muerta mi mami y todo eso. Y ella ahorita vino, siempre hace harto tiempo, como unos catorce años que no

nos veíamos con mi madrina, al menos yo, porque no estaba acá donde vivimos ahorita. Y ella hace poquito vino, a despedirse, no fue sino que vino, se despidió y... [Silencio]

KA: Ya sentía el paso de los años la señora. ¿Cómo se llamaba ella?

DM: Aidé. Ella quedó encargada, supuestamente, cuando mi mami murió que cuánto hace, estábamos todas chiquiticas, ella se encargaba de nosotros. Pero sí, por eso es que todas estuvimos donde mi madrina, pero nosotros la abandonamos también. No, después de que se casa una, coge pareja, ya pailas porque ya, sí ya es otra cosa. Sí porque uno su hace su hogar y ya es otra vaina, y ahí fuimos olvidando a mi madrina y no volví a ver a esa señora. Yo me fui de acá de todas maneras.

KA: Ahhhh... usted se vino para acá y luego se volvió a ir.

DM: [tartamudeo] Para Guasca. Duré hartito, dieciséis años, mi marido no me duro más que dieciséis años. El matrimonio [risas]. El Manuel murió y ya, luego me metí con Pedro a los dos años de muerto Manuel.

KA: ¿Manuel fue su primer esposo?

DM: Primer esposo. Nos fuimos de aquí con él para Guasca y a los años regresamos, mejor dicho, me fui con él y los niños. Pero luego aquí me quedé sola, no ve que me quedé con cinco chiquillos. Sola. Edwin es el más grande.

KA: ¿Y de qué murió su esposo?

DM: Tenía un carro, fumaba mucho. Se mató, mejor dicho. Fumaba mucho y le habían quitado el carro, en fin. Perdió el control y teníamos remedio de la papa que habíamos sembrado, aquí todito habíamos sembrado y yo dejé un poquito de remedio para los ratones. Dejé un poquito de veneno que pa' los ratones, lo dejamos en el sayo, allá encima. Él sabía dónde estaba, no se podía dejar nada por los niños, y llegó, quien sabe a qué horas llegaría, como a las nueve de la noche y me acuerdo tanto como si fuera ayer, traía a Leidy que estaba empezando a dar pasitos, la colocó en la mesa de allá para que caminara y él borrachísimo, no sé por qué le dejé coger la niña, de pronto una de nosotras, como siempre le hemos tenido miedo pues porque él era...

DC: Agresivo que era.

DM: Él era otra persona cuando estaba borracho, entonces dijo: “ah, me voy a traer una viejita”, estábamos en la pieza y repetía que se iba a traer una viejita, nosotros pensamos que una de mis hermanas. Él quería

mucho a mis hermanas y se las traía así armando parche, entonces salió y lo sentí en el patio, pero no le hicimos caso, estábamos con Elena y otros viendo televisión. Cuando volvió traía un frasco, un frasco grande, pero no tenía sino como dos tragos ya. Era el poquito que habíamos dejado porque aquí hay muchos ratones por la cochera, él se sentó en la camita que hay acá, la cama de los chinitos y sin pensarlo dos veces cogió el frasco y... [suspiro], pero olía a eso virgen santísima [pausa].

DM: Se lo llevaron al Guavio.

KA: ¿Y luego de aquí es cerquita el Guavio?

DC y DM: ¡Claro!

DM: Allá lo llevaron, ya no hubo qué hacer porque ese remedio es muy fuerte. O tomó un poquito de licor con el veneno, aguardiente, cerveza, eso sí fue, claro que lo que duró, eso fue un domingo y murió el martes, o el lunes. Porque según lo que contaban era que no tenían algo que necesitaban para echarle oxígeno con la mano, así [gesto de apretar].

KA: Sí, es una bombita, y uno hace así manual [gesto de apretar].

DC: Exactamente, no tenían caretas o algo de oxígeno.

DM: Sí, y hasta ahí fue, dieciséis años duramos de matrimonio.

KA: ¿Se quedó usted solita con cinco hijos?

DM: Claro, con los cinco niños, virgen santísima. Mis hermanas me ayudaron mucho los primeros dos años porque ellas también ya empezaron a criar, imagínese, yo quedé con diez mil cochinos pesos. Allá con mis hermanas les ayudaba en lo que fuera, yo iba y les lavaba, les planchaba, ellas me pagaban, me daban mercado, porque mercado sí había. Eso es una bendición de acá, se abastecían donde Don Isidoro en la caseta porque había mucho, se daba mucho mucho, eso hambre para esos chinos no, y yo trabaje por ahí y estudiaban los chinitos.

KA: ¿Ya había colegio?, ¿ya estudiaban aquí?

DM: En Choachí. Porque había bachilleres, porque aquí solo la escuelita hasta primaria, los bachilleres estudiaban en Choachí y en esas estudiaba Edwin, Magdalena, Jeison creo que también. Un año duraron los chinitos sin estudio. Edwin llegó a noveno, repitió y no lo pasó, y ya no lo dejaron ir los abuelos y aquí dejaron a Edwin. Nosotros si nos fuimos todos, yo con mis chinos, Edwin se quedó y por eso no lo terminó. Mientras que iban los otros John no quiso estudiar, ese estudiar no quiso hasta octavo estudió nomás.

KA: Y entonces usted se organizó ya con otro hombre.

DM: A los dos años, claro, porque no podía conseguir trabajo. Y aquí no estaba haciendo nada, o ir a conseguir trabajo a donde tocaba, en una finca porque dónde más. O pa'dejar largar mis chinitos por ahí, y ya nos fuimos y pues sí nos fue bien, Edwin no se quiso ir, se quedó acá. Perdió muchas oportunidades, las cocheras quedaron, trabajaban, pero todo lo perdió. Y es el más caído que está ahorita.

KA: ¿Y usted vivió en Choachí, cuánto tiempo?

DM: No, en Guasca. Catorce años duramos en Guasca, aquí ya van para siete años. Nos devolvimos por problemas que empezaron a haber acá mismo, también por una cosa y otra, y por ellos, como Magdalena consiguió marido. Ella terminó el bachillerato y con las mismas arrancó, se vino y ahí se vino Jeison también, y allá quedamos como solos, pero entonces hubo muchos problemas, si no estaríamos en Guasca.

KA: Porque este terreno igual es de ustedes, ¿no? Todo esto está escriturado para ustedes.

DM: Pues escriturado tanto como escriturado no, porque eso, como hay problemas pa'las escrituras, entonces como esto es herencia del papá. Otra vez siete años acá. La misma casa. Pero con pedazos nuevos, todo esto es nuevo. La casa tiene cuarenta años, pero le hicimos arreglos para el frío.

KA: Doña Claudia me decía que no se acordaba de las mayores en la casa, o sea que usted es de las pequeñas.

DC: La última. Con las hermanas menores nos llevamos como año y cuatro meses.

KA: Usted es la más chiquita Doña Claudia, que usted conoció más a su papá.

DC: Sí, yo duré casi toda la vida viviendo con él hasta que murió. Digamos que unos veinte años porque a los diecinueve años conseguí esposo. Pero entonces como mi papá viajaba tanto acá a la vereda también, o sea eso era él para acá y nosotros para allá entonces prácticamente toda la vida con él.

KA: ¿Y en qué trabajaba su papá?

DC: La papa, el aguardiente. Sembraba papa, porque él toda la vida tuvo su agricultura.

KA: Y esas tierras allá, ¿quién tiene esas tierras ahorita?

DM: Ahí están todavía, es que siempre quedan lejanas por eso nadie reclama. Eso es mucha tierra, ahorita eso se llenó fue de monte, porque como eso quedó solo, ahorita los potreros ya quedan muy poquitos pongámosle al pie de la casita porque todavía queda una pieza, queda un potrerito, es el único grande que queda....

KA: ¿Pero ustedes tienen algún papel que diga que eso es de ustedes o algo así?

DM: No, no porque nunca se ha dicho para, o sea, como en ese tiempo era un arriendo digámoslo así, entonces ya no está mi papi, ya como no se hizo nada más se quedó eso así.

DC: Es que mi papi fue arrendatario toda la vida.

DM: Toda la vida le pagaban arriendo. Es mucha tierra, eso es mucha tierra, y entonces en ese tiempo había muchos arrendatarios, o sea mucha gente era muy antigua y como era tanta tierra pues los dejaban que hicieran su casa y una extensión de tierra para que trabajaran, y ellos pagaban. Eso si uno mismo la hacía, o sea mi papi era el que la hacía o los mismos arrendatarios hacían las casitas.

KA: Es decir, a usted le dan un pedazo de monte, por decirlo así, usted lo arregla, arregla su casita y trabaja.

DC: Pero había un arrendador. Le daban una plata que había que pagar de arriendo. Eso, era poquito que pagaban, porque igual, me imagino que en ese tiempo sacarle productos era durísimo. Todo el mundo dejó eso allá tirado y ya eso quedó abandonado mucho tiempo.

DM: Porque en ese tiempo eran solo potreros y había ganado, todo el mundo tenía ganado, ovejas, cabras.

DC: Cabras, papi llegó a tener ciento y pucho de cabras, ¿no?, ovejas, ganado, toda la vida con su ganado. Ahí todavía queda ganado en la finca.

DM: Unas vacas, son algo ariscas, pero sí, todavía quedan.

KA: ¿Pero esas vacas de quién son?

DC: Pues de mi papi.

DM: Lo que era de mi papi pues ya quedó como para nosotras.

DC: De las más terneritas tendrán qué, seis años. Mi papi claro que ya se fue hace cinco años. Y ya estaban las novillas.

KA: ¿Y quién cuida esas vaquitas?

DM: Pues yo soy la que voy allá. Pero allá no hay nadie, allá no hay comunidad, es solitario esa vaina.

KA: ¿Y por qué no se traen las vaquitas?

DM: Porque no hemos hecho el deber [risas].

KA: Yo pensé que era una razón así súper profunda.

DM: Sí, es que ya toca..., es que esas vaquitas ya son como para matarlas digámoslo así. Para un asado, llevarlas a la plaza ya no se puede porque son muy ariscas y muy bravas.

KA: ¿Y no son domesticas? Yo no sabía que las vacas se volvían así, yo pensé que eran todas mansas.

DC: Pues si se quedan solas...

DM: Pues yo voy y les echo sal.

KA: ¿Y para que les echa sal?

DM: Pues para que estén mansitas, ellas ya saben y llegan a la casa.

KA: ¿Les gusta la sal?

DM: Claro, porque ellas andan mucho [risas].

KA: Pero, ¿así como para tenerlas en un corral como que no se puede? Oiga, pero muy chévere porque es como vacas salvajes. ¿Se le mandan a la gente?

DC: Claro, cuando pasaron por acá eso era de miedo.

DM: Los toros cuando estaban por ahí a uno le tocaba esconderse porque, aunque los toros arrancaban, eran ariscos. Pero uno nunca subía, donde lo vieran se le mandaban o se le devolvían, lo esperaban a uno, mejor dicho.

DC: Si a usted lo veía un toro por ahí cerquita, uno tenía que coger por otro lado.

DM: Mi papi también decía que tuvieran cuidado cuando estuviera el ganado por ahí. Las personas iban y dejaban allá sus animales, dejaban por ahí tirado, ¿cierto?

DC: Es que eso era también de los Fajardo ese ganado, se lo vendió también a los Amaya cuando ellos cogieron todo, cuando compraron eso ya iba con el ganado, pero entonces ya el ganado se fue abriendo por el páramo y las vaquitas daban crías y pues los terneros se volvían también bravos y ariscos, y los toros eran grandísimos. Cada que se iban a coger una res, eso iba mucha gente, de acá iban muchos de la vereda a coger el ganado, y les fascinaba ir por allá a corretear. Duraban hasta tres días corriendo un toro para poderlo coger, y tenían que llevar perros. Eso toca en diciembre ir a ver, es que el tiempo tampoco deja porque íbamos a traer este año, pero el tiempo está muy grave y allá no se puede ir así lloviendo.

KA: Yo ya me imagino que ni caminos hay ni nada.

DM: Pues solo el caminito donde uno baja, pero lloviendo y como las vacas son tan ariscas y tan bravas tiene que tener fuerza la gente, porque son muy peligrosas, entonces en invierno no se puede, toca verano para que ellos se puedan mover.

KA: Cuando usted me dice que corretear las vacas, yo toda inocente me imaginaba corriendo a las vacas, me imagino que eso es harta gente enlazando y todo el cuento.

DM: Claro, unos por acá y otros por allá para atajar, no es porque uno la vaya corriendo.

[Las presentes cuentan que se juntaron para celebrar el cumpleaños noventa y uno del abuelo, en pleno toda la familia. Se celebró el ocho de junio y ocho días después el señor se enfermó y murió dos días después].

KA: ¿De qué murió?

DM: Ehhh pues él tenía problemas de los pulmones, él tenía que utilizar oxígeno, pero entonces se le complicó, ahí si no supimos por qué, yo lo estuve llevando esa semana al Guavio para su control y como siempre estaba bien, hasta le hicieron terapia de respiración, yo lo llevé como un lunes o martes, y cuando se enfermó fue de un momento a otro, empezó a ahogarse y ya cuando lo llevamos ahí en el hospital ya no. El problema de mi papi, lo que se lo llevó fue que él tuvo un problema de tráquea.

DC: Lo operaron y quedó bobo, o sea, sí lo operaron, pero ya no quedó bien. Entonces ya se le dificultaba comer.

DM: Claro, lo que pasa es que a él se le empezó a cerrar el cuello y lo llevamos al hospital por eso, pero entonces los médicos le encontraron fue otra cosa, le encontraron como una úlcera, entonces a él no le hicieron la cirugía del cuello que era lo que necesitaba sino le hicieron fue la cirugía de la úlcera que le encontraron. Y entonces como a él lo cortaron creo que se le reventó como un punto por dentro, entonces ya le quedó como algo en la carnosidad, entonces ya después él bregaba para comer, después fue peor porque lo que medio comía lo ahogaba. Entonces él ya comía muy poquito, y hacíamos más que todo sopas. Uno necesita comer algo sólido para que no se le cierre y a mi papi toda la vida le habían gustado las sopas, entonces su comida era mazamorra, siempre mazamorra, él se acostumbró a comer solo líquido y cuando él iba a comer algo más sólido se atoraba, no podía comer carne y eso que a él le gustaba mucho la carne,

pero donde llegara a comer un pedazo así de grandecito... Entonces él ya empezó fue a adelgazar, o sea ya a enflacarse el viejito. Trabajó hasta el último día, ese sábado trabajó su aguardiente normal, trabajó su pirrín, el otro día ya siguió enfermo y enfermo y ya lo llevamos nosotros el lunes para Bogotá y ya.

[Aquí todas recuerdan al abuelo, se hace una conversación múltiple donde todas hablan de la última fiesta, que no pudieron ir a coger una de las vacas salvajes, que el abuelo pasó muy contento con todos. Que casi no la hacen, pero a lo último sí se pudieron reunir].

KA: ¿Y sumercé estudió o también hasta la primaria?

DC: Yo estudie hasta cuarto porque nosotros nos quedamos pequeñitas, yo tenía como ocho años, que fue cuando mi mami faltó y estaba Rosa que tenía casi nueve y Susana que tenía los diez, las tres que quedamos más pequeñitas en la casa, pero yo creo que ahí ya estaban estudiando, no me acuerdo bien... recuerdo mucho que fui a visitar a mi mami a Bogotá, enferma ya muy enfermita. Estaba en una camita sentada, pues claro, imagínese, ella enferma y nos vio chiquiticas, ella se puso a llorar y pues yo que me acuerde no entendía lo que pasaba. Pero entonces mis otras hermanas sí entendían, las que estaban ahí, Rosa sí ya entendía. Entonces ella sí me dijo, nunca se me olvidará, me dijo: “quizá Isidro la ponga a estudiar allá el otro año”, nunca se me olvidarán esas palabras de mi mami. Y no la volví a ver porque a nosotros nos devolvieron y ella se quedó ahí. Luego nos fuimos para la casa, y mis hermanas empezaron a irse, Susana salió primero, después salió Rosa y yo quedé sola, y estaba ya en cuarto de primaria. Mi papi dijo: “yo no la dejo estudiar más porque para venirse sola desde allá hasta aquí es muy lejos”, era una hora de camino, y que no había tanta maldad como ahora pero el peligro que más había era los carros.

DM: Los carros que ya empezaban a subir.

KA: Eso le iba a decir, la carretera.

DM: La hizo mi papi, o sea mi papi fue obrero, trabajaba haciendo la carretera. Eso fue una obra muy grande.

KA: ¿Pero sumercé Doña Claudia vivió toda la vida en El Verjón?

DC: Sí, ya me vine yo a los veinte años, me conseguí novio y quedé embarazada de ella [señala a Daisy]. Cuando nos casamos la niña tenía tres meses de nacida.

KA: ¿Y ustedes se casaron por la iglesia?

DC: Por la iglesia

KA: ¿Traje blanco y todo el cuento?

DC: No, era traje azul. Porque uno como tampoco sabía entonces decían: “no, como ya tiene una niña tiene que casarse de otro color”.

KA: ¿Y usted, doña María, también se casó por la iglesia?

DM: También, pero de blanco, yo sí de blanco.

DC: Nosotros fuimos por allá a Bogotá con mi esposo a comprar el vestido.

KA: ¿Y le dio mucho pesar no casarse de blanco?

DC: Claro

KA: Como eso de que la tienen que sacar a uno casada... ¿o sea que ustedes dos tuvieron fiesta de matrimonio?

DC: Ja, esas sí eran fiestas, hasta 4 días duraban. Ah eso sí, claro, cuando se dieron de cuenta que estaba embarazada imagínese, casi no salimos de acá, eso eran peleas fijas ahí donde mi hermana porque como ella atiende llegaban casi siempre ahí y se armaba una peleadera ahí. Que teníamos que casarnos y casarnos y no, la verdad para mi edad yo era chiquita, digámoslo así. Si ya, yo me fui para Soacha un año por poquito. Porque nosotros no teníamos casa ni nada, nosotros nos fuimos a vivir a Soacha porque mi esposo trabajaba allá, y allá duramos un año completico, eso sí, mejor dicho.

KA: ¿Y qué tal la experiencia? Porque pues es muy diferente el ambiente, la forma de vivir.

DC: Pues como en ese tiempo nosotros estábamos casi afuera de Soacha, había muy poca casa también, era como un caserío chiquito, y la verdad a mí sí me gustó el clima. Era muy bonito, yo me bañaba mucho allá [risas]. A mí me gustó mucho el clima pa'que le voy a decir, y cada que veníamos, porque nosotros veníamos seguido y nosotros nos íbamos, llegábamos allá donde uno llega al carro y cogíamos el camino para donde mi papi. Hace unos treinta años. Cuando el avión estábamos allá.

KA: ¿Cuál avión? Es que yo no soy de Bogotá.

DC: Un avión que una vez explotó por allá en Soacha, en Canoas. Y cuando mataron a Galán, ¿sí sabe cuándo mataron a Galán? Nosotros estábamos allá. Pero no pasó mayor cosa, o donde nosotros estábamos, escuchamos la noticia en la radio y no más.

KA: ¿Y por qué se devolvieron al Verjón?

DC: Porque mi esposo trabajaba en rosas, en recogidas de rosas porque eso era lleno de rosales allá en Soacha. Entonces ese emplasticado y eso lo estaba enfermado. Entonces en ese tiempo estaba la finca ahí donde nosotros vivimos y ya estaba desocupada, ya no vivía gente ahí, y entonces él siempre decía: “a mí me gusta mucho esa finca”. Él siempre decía: “es como bonito vivir ahí”, porque en ese tiempo habían buenos pastos y era bien bonito, y entonces “cómo hago para comunicarme”, y mi hermano Fidelino que es el que vive más por todo esto, él se hablaba mucho con el dueño, entonces un día hablaron, se encontraron como la gente y le dijo que a él le gustaba mucho esa finca, que cómo hacía para comunicarse con el dueño, y pues Fidelino dijo que él sí podía contactarlo. Entonces mi esposo le dijo a don Amador, y don Amador le dijo que sí, que se fuera a vivir allá, no fue pa’ más.

KA: Viven allá hace treinta y dos años, ¿y esa es propia? ¿O sigue siendo en arriendo?

DC: Pues a ver si de pronto es propia [risas], porque ahí mismo hay tres casas. En la parte de arriba y en la parte de abajo, o sea donde uno quisiera irse a vivir, sino que la casa de abajo era de segundo piso, pero estaba en obra negra. Estaba ya todo completo, pero no tenía estufa, no tenía luz, no tenía nada. Entonces llegamos allá como en enero. Cristian nació en noviembre, estaba puro bebe, tenía como dos mesecitos. Nosotros llegamos primero donde mi suegro, porque ahí sí tenían luz, tenía las dos piecitas, tenía estufa, tenía todo, mejor dicho. Una casita así, digámosle así porque era en adobe y eso. Y más abajito había otra, como una casita con una sola pieza grande y la de por abajo era de segundo piso, pero no le digo que estaba en obra negra. O sea, lo que nosotros más nos dio piedra es que no tenía luz, y nosotros sin luz qué hacemos. Yo le dije a mi esposo: “vámonos a vivir arriba”, y nos fuimos a vivir en la primera casita que era más pequeña, pero esa sí tenía luz, ahí duramos viviendo harto mientras que arreglábamos la otra porque la cocina era negra de humo, como tenía estufa de leña. Nosotros duramos viviendo en la casita de abajo como unos seis meses mientras arreglábamos la otra, y ya nos fuimos para la casa de donde ahorita digamos.

KA: ¿Qué cultivan, también papa?

DC: Papa y ganado, en ese tiempo teníamos ganado, pues el patrón también tenía ganado, él echó ganado ahí también y sembrar papa. Los hijos

son Daisy que es la mayor, después sigue Cristian y Francis, y Brayan que tiene dieciocho años.

KA: ¿Y todos estudiaron? ¿Dónde estudian el bachillerato ahora? ¿Ya hay un colegio?

DM: En Choachí estudiaron, aquí si hay ya colegio.

KA: ¿Y cómo ha cambiado El Verjón estos años?

DC: Eso es un cuento de su altura. Es que había mucha comunidad, bastante gente. La comunidad en ese tiempo hacía bazares aquí en la escuela. Mucha gente, eso cualquier fiesta se hacía, ahorita no hay bazares, ya no hay una fiesta, y si hacemos una fiesta, en ese tiempo llegaban cien personas, ahorita que lleguen cuarenta o cincuenta personas son las que llegan, entonces se acabó mucho eso.

KA: ¿Y por qué creen que ha cambiado eso?

DC: Porque yo creo que uno ya cambia también y ya como que uno se mete es como en sus trabajos, en sus fincas, ya le da como mamera a uno ir.

KA: ¿Y los muchachos no se han ido?

DC: Los que se han quedado acá son así como las señoras de la edad de mi mamá, muy pocos somos los que nos hemos quedado desde muchachos, muchos se iban era para ir a buscar trabajo porque aquí no había trabajo.

DM: Y obviamente como las familias tienen hartos hijos no todos caben en la misma casa, y no se puede ampliar la casa, pues qué hacen, irse a buscar su pareja o bueno irse solos a vivir.

DC: A la final eso es lo que quiere el gobierno, porque eso es lo que nos decía la señora esta de la CAR, ese comentario lo hicieron y dijo que mejor, que eso era mejor, que fueran saliendo. A ellos les conviene es que se sigan yendo y hacerles la vida imposible pa'que se vayan yendo poco a poco.

KA: Claro, yo pensaría que era relativamente fácil de pronto construir, si yo consigo mi esposo y construyo mi casa, digamos acá en el terreno, terreno que es de los abuelos.

DC: Tengo mis tierras, pero prácticamente no puedo trabajarlas.

DM: Por ejemplo, si los papás tienen su finca, tienen sus hijos, ellos no pueden construir, entonces no pueden vivir tampoco.

KA: ¿Por qué no se puede construir?

DC: Porque como esto es zona de reserva, entonces...

DM: Lo declararon zona de reserva forestal entonces nos fregaron.

DC: Uno trabaja ahí porque uno no tiene más de qué, pues ahí lo dejan trabajar a uno, todavía la gente siembra sus papas y todo eso.

Daisy [voz de fondo]: Pero entonces cada uno tiene sus papeles...

DM: Exactamente, eso es lo único que ha salvado aquí a la gente, son las escrituras, todo el mundo tiene sus papeles.

KA: Claro, porque al declararlo reserva significa que ustedes no existen básicamente.

DC: Exactamente.

DM: Es que eso es lo que decían, que es que aquí eso no existía, pero sí le cobran a uno los impuestos de toda la vida.

KA: ¿Ustedes han pagado impuesto predial acá?

DC: Toda la vida.

KA: Ah bueno, eso los salva [risas].

DC: La luz también, y la basura que nos cobraban en un tiempo y que ni siquiera recogían [risas].

KA: Pero ustedes siempre han tenido servicios públicos de agua, luz, teléfono.

DC: La luz.

KA: Espéreme a ver si entendí, ustedes tienen sus tierras desde hace muchos años porque usted me dice que vive aquí... ¿hace cuánto, Doña Claudia?

DC: Treinta y dos años.

KA: Ustedes tienen esa finca hace treinta y dos años, el dueño de esta finca tiene que tener papeles.

DC: Sí, tiene todos sus papeles.

KA: Por eso, pero si usted va a construir ahorita una casa en esa finca, ¿lo pueden hacer?

DC: No.

KA: Pero si es su tierra.

DC: Es que ni siquiera ampliarla.

DC: Si a usted lo llegan a ver que está cambiando una teja le llegan la tarde ahí está su multa.

DM: Aquí no se puede hacer nada. Meter ladrillo está prohibido.

KA: Pero lo que yo no entiendo es, si usted tiene escrituras por qué sería diferente si no las tuvieran, si ustedes tienen escrituras es que es su tierra y no están construyendo en el bosque, porque pues eso es entendible, en el bosque no se puede. ¿Si es su tierra, cuál es el problema?

DC: Según ellos es porque si se amplía más entonces se está contaminando o de pronto quieren es que no haya más gente acá, tanta población, no quieren que la población crezca. Yo creo que ellos piensan que si uno construye una casa entonces mi hijo tiene que tener también ese derecho.

KA: Es una situación muy complicada la verdad, en otro tema ¿se devolvieron muchachos por la pandemia?

DC: No.

Daisy [Voz de fondo]: Pues como no salimos. [risas]

DM: Más hacia abajo, por la vereda de más abajo sí les tocó porque ya estaban pasando hambre, ya no tenían plata y no tenían qué comer y les tocó venirse. [Como los de Fidelino] Esos también se vinieron y duraron hartos tiempo, y estos chinos de Luz María, cogieron a uno [la Policía], Juan como que se llama uno, a él lo cogieron, como no se podía pasar. Pero la china sí pasó como de noche, yo no sé cómo pasó, al chino lo cogieron y yo no sé qué pasaría con el chino, si le pondrían problema.

KA: ¿Y ustedes cómo hicieron en ese tiempo, por ejemplo, para comprar? Si aquí no hay tiendas.

DC: Traíamos de Bogotá.

KA: ¿Pero los dejaban ir?

DM: Dejaban bajar a una sola persona. Andábamos con la lista de mercado y Daisy se iba para allá. Pero Pedro llevaba, él sí podía vender, llevaba queso, huevos, marrano, todo eso.

KA: Ah, pero es que acuérdense que al principio hubo como dos meses que no lo dejaban salir a uno para nada.

DM: No, la gente no, pero a los de entrar comida sí. Por ejemplo, ahí de la leche que Aurora no me la volvió a comprar entonces yo qué hacía, hacía el queso y preciso había hartísima leche, preciso y eso se le ajustaba el queso para que cantidad, y empezó un muchacho a comprármelo allá en San Cristóbal, Bogotá. Que le vendiera todo el queso que había, mejor dicho, pues a mí sí me fue bien porque no se me perdía el queso, eso sí él venía cada ocho días y se lo llevaba.

KA: Bueno, usted no tuvo tanto problema porque, bueno, por ser productores.

DM: Aquí nosotros de alimentación, nosotros no, nosotros pasó la cuarentena y casi ni cuenta nos dimos. Ellas, pongámosle, ellas no se quedaron sin trabajo, y Cristian tampoco, porque a Cristian también le

pagaban más poquito pero tampoco se quedó sin trabajo, o sea de ellos ninguno se quedó sin trabajo.

KA: Entonces la pandemia no les dio como duro, no en el mismo sentido que a nosotros en Bogotá.

DM: Nosotros no, Bogotá sí fue horrible. Aquí sí fue duro pa'los animales, se nos complicó la vaina.

KA: ¿Por qué?

DC: Lo que pasa es que aquí mantenemos cerdos, pero no con concentrado sino con residuos de los restaurantes, comida, nosotros le decimos comida, lavazas, digámoslo así, y como no hubo restaurantes, pues no había comida, y preciso nosotros teníamos cerdos, y pequeñitos y teníamos hartos. Hubo mucha perdida.

KA: ¿Se murieron?

DC: No se murieron, pero daban tristeza los marranitos. Eso se adelgazaron, se alargaron los marranitos, briegue, eso les metimos plata, cualquier cantidad porque ya no había qué más echarles, concentrado ni para que se diga, eso era carísimo y eso a un cerdo aquí no les hace, es como si nada. Imagínesse pa'mantener uno así hartos cerdos tocaba prácticamente echarles restos diarios, imagínesse, uno de dónde iba a sacar plata para eso. Empezaron a traernos sueros, suero de Colanta, como yogur, de Colanta o de Ubaté. Ellos ya traían yogur y nos vendían a nosotros también pero no le valía. Papa, eso tenían que ir por allá a otras veredas a traer los bultos de papa. Y los marranos les faltaba como mes y medio para salir cuando empezaron a enflacarse, flacos, flacos y ya no cogían, o sea, adelgazaron porque estaban comiendo lavazas y toco con concentrado y eso se aflacaron y ya no fue igual. Ya después empezaron otra vez a traer lavazas, y otra vez écheles comida y los marranitos muy agradecidos porque empezaron otra vez a comer, claro que tocó vender baratísimo porque ya no dábamos pa'más. Porque mi esposo sí buscaba comida donde fuera, porque imagínesse uno cómo iba a dejar morir los animales, y bueno pues los marranos ahí. Y los perros, como preciso nosotros teníamos muchos perros, como aquí llegan todos los perros. Dieciséis perros.

KA: ¿Dieciséis perros?, ¿cómo los alimentaron?

DC: Pues ahí medio los primeros días, ella como tenía plata, pues ella compraba los bultos de concentrado, pero como los perros no estaban acostumbrados a comer de eso, ellos comen de la misma comida de los

marranos, imagínese los perros eran gordísimos y empezaron a enflacar por eso, huy, los animales por el suelo.

DM: Yo sacaba el queso y eso le salían las baldadas de suero, les revolvíamos eso con el concentrado, ¿pero cree que engordaron esos animales? Entre más comían más enflacaban, y eso Mayita llevó a unos señores, unos ciclistas, y ellos nos llevaban concentrado, dos bultos nos llevaban. Pero eso no, los perros estaban terribles, esos perritos eran así [gesto con las manos cerradas] engarrotados, ya no ladraban, a mí me daba mucho pesar con mis perros. Usted los veía y eso eran acostaditos y ellos ya no ladraban, y flacos, flacos, yo no iba a dejar morir mis perros, eso sí no.

KA: En esa hambruna, ¿los animales no se intentaron comer otros animales? O sea, las gallinas, los patos, ¿no?

DC: Nada, no ellos allá no, en la casa ellos no. Esos no salieron a nada. Eso sí se me habían enseñado como a la basura, ellos no sabían eso, al frente hay una fundación, entonces ellos sacan mucha basura, imagínese ellos qué hacían. Ahí por las mañanas basura de lado a lado por esa carreta, esos perros, eso rompían [las bolsas], eso pasaba el camión y recogía los montones de basura, pero pobrecitos desesperados del hambre, ay yo no había pensado en eso, pero sobrevivieron todos. Ya después cuando empezó a traer lavaza, ya empezó a llegar lavaza ya había poquitos cerdos, los últimos que nos quedaron que eran los últimos marranitos, pero ya eran poquitos.

KA: ¿Y gallinas?

DM: Las gallinas sí, pues no les faltó el maíz.

KA: Esas sí no tuvieron tanto complique.

DC: No.

DM: No porque el maíz más bien estaba muy caro porque en eso comprábamos el bulto como a sesenta mil pesos y eso como tenemos poquitas gallinas pues eso sí no les faltaba comida, eso sí no había ningún problema, los cerdos y eso, sí me dio mucho miedo, cuando les empezó a llegar la comida. Ay no, pero se engordaron rápido. Eso fueron como seis meses, casi el año.

KA: Yo ahorita que subí he visto mucha caseta cerrada, esas caseticas están funcionando o se terminó ese negocio, ¿o qué?

DM: No, acá sí es abierto toda la semana. Allá no vive gente. Los sábados y los domingos se abre.

Deisy de fondo: Las abrieron sus hijos después de la pandemia, porque pues necesitábamos más recursos y pues pa' mi hermano que terminaba de estudiar también abrimos una.

KA: No les llegó mucha enfermedad acá.

DC: No

DM: Por ahí uno que otro sí, obvio porque eso ni forma de evitarlo.

DM: Ya a lo último, cuando en Bogotá estaba pasando.

KA: Porque en Bogotá si era muy angustiante y usted se asomaba y literal no veía un alma, como en las películas.

Daisy [Voz de fondo]: ¿Hay alguien ahí? [risas]

DM: Fue chévere cuando yo fui.

KA: ¿Pero cuando fue no se sintió como en una película? Que uno dice como: “¡uy!, ¿que pasó?”

[Todas se ríen y Deisy cuenta que bajaba y veía todo desocupado, que una vez hasta le dio miedo de que la robaran. En general la pandemia las afectó en no poder bajar a Bogotá con libertad, pero poco más].



Soy una mujer campesina joven de treinta y tres años con muchas cualidades y virtudes, mamá de un hermoso hijo de siete años, contadora pública de profesión la cual ejerzo, soy emprendedora en negocios digitales, me gusta explorar mis capacidades para dar algo mejor a los que me rodean y para conocerme a mí misma. Soy una mujer alegre, sincera, solidaria, echada para adelante, me gusta viajar y capacitarme. Soy muy amorosa con mi hijo y mi familia que me rodea. Me encanta vivir rodeada de naturaleza y de animales. Y nunca dejo de soñar y sonreír para vivir y alcanzar mis propósitos.

DAISY ORJUELA RUÍZ



Daisy

Mi nombre es Daisy Orjuela. Mis papas son Claudia Ruíz y Misael Orjuela. Nací hace treinta y tres años. Soy la hija mayor de cuatro hermanos. Mi nacimiento fue en Bogotá en la casa de una partera, ya que en esa época las mujeres embarazadas no podían acceder a un hospital. Mi primer año de vida lo viví en Soacha porque mi papá tenía trabajo allí, luego nos trasladamos a la vereda El Verjón Alto donde mi papá es nacido y criado. Mis papás comenzaron a trabajar en la finca del señor Amador Amaya para el que llevamos treinta y dos años trabajando y viviendo en la misma finca.

Mis papás me enviaron a la escuela de El Verjón cuando tenía siete años; en esta escuela terminé la primaria y allí también estudiaron mis papás.

En mi niñez recuerdo que mis papás nos dejaban a mis hermanos y a mí disfrutar del juego. Nunca nos prohibieron nada, tampoco nos sometían a trabajos duros. Recuerdo que nos llevaban a otra finca donde trabajaban sacando papa, principal actividad económica de la vereda; yo ayudaba a recuperar la papa más pequeña pero lo hacía por gusto, porque nunca nos obligaban. Mi mamá también sacaba leche de las vacas, pero tampoco nos obligó a hacer ese oficio.

También recuerdo que nos gustaba ir y quedarnos en la casa de mi abuelito Isidro Ruíz que queda en la vereda de San Roque de Ubaque, la cual colinda con la vereda de El Verjón Alto. Nos gustaba ese sitio porque era muy tranquilo y había mucha naturaleza y no había luz ni ningún servicio público. De mi casa a la de mi abuelito era una hora de camino.

Después de terminar mis estudios de la primaria en la escuela del Verjón seguí mi secundaria en el colegio Ignacio Pescador de Choachí, Cundinamarca. Con los ingresos que mi mamá obtenía de vender la leche de las vacas nos pagaba transporte, comida y útiles. Terminé el colegio a mis



dieciocho años sin perder ningún año. En este colegio tuve varias experiencias bonitas, muchos amigos, aprendí muchas cosas. Recuerdo que en décimo grado con mis compañeros planeamos una salida a los Termales de Santa Mónica de Choachí, como no nos dieron permiso y estábamos en semana de recuperaciones no fuimos del colegio con mis compañeros y nos fuimos para las termales. Por esta salida nos colocaron matrícula condicional para el siguiente año pero el grado once lo culminamos con éxito y realizamos la salida de once a Santa Marta, Cartagena y Barranquilla en bus, lo cual es un bonito recuerdo de mi secundaria.

A mis dieciséis años comencé a ganar mis propios ingresos, empecé a trabajar en el apartamento de Amador Amaya en épocas decembrinas cuidando a sus nietas. Luego comencé trabajar en Choachí en un almacén de abonos y fertilizantes mientras podía ingresar al SENA a estudiar contabilidad. En este almacén de abonos el señor Jorge Cifuentes y su esposa Alicia me querían como a otra hija, me tenían tanta confianza que me dejaban sola para que atendiera el negocio. También me ayudaron pagándome el examen para poder ingresar a la Universidad Nacional y estudiar contaduría. No pasé el examen, pero ellos tenían toda la confianza de que yo saldría adelante; también ayudaron a mi hermana Francis dándole trabajo cuando yo me fui a estudiar al SENA en Bogotá.

A los diecinueve años ingresé al SENA a estudiar. Tuve dos trabajos: le ayudaba a una tía en los quehaceres de la casa y al frente de mi casa el vecino me contrató para hacer los mismos oficios, cuidar y mantener la casa. Mi meta era tener un buen empleo y terminar la universidad ya que mis papás no podían pagármela por ser tan costoso el semestre; también quería ayudar a mis papás económicamente.

Cuando comencé a hacer mis prácticas en el SENA aprendí por primera vez cómo trabajar en una empresa del sector petrolero. A los jefes les gustó mi trabajo y me contrataron de forma directa para esta compañía en la cual llevo doce años trabajando en la parte de finanzas. Me gradué de contaduría pública de la Universidad Central y le agradezco a la empresa porque pagó mis estudios.

Los estudios en la universidad fueron duros ya que trabajaba y salía en la noche para la universidad. Conocí también muchos amigos a los cuales les tocaba estudiar por la noche y trabajar en el día y que tenían muchas

responsabilidades como cuidar a sus hijos o cuidar un hogar. Estudiaban para cumplir sus metas.

He trabajado mucho tiempo en Bogotá, pero nunca me he ido de la vereda El Verjón Alto ya que la mayoría de mi familia vive allí y también me encanta el campo, uno se siente libre, en una ciudad se vive aprisionado.

He apoyado a mis papás y mis hermanos, ahora tengo un hijo de seis años el cual es mi adoración. Le he inculcado el amor a sus raíces, a la naturaleza, al lugar donde vivimos, a soñar que si uno se propone algo se puede cumplir y a que siempre debe estar orgulloso de donde uno viene.

He tenido la dicha de haber viajado a diferentes lugares de Colombia y fuera del país con las personas que más quiero: mis papas, mis hermanos y mi hijo. He conocido bellos lugares, pero igual no dejo mi hermosa vereda de El Verjón Alto. Viajé fuera del país con mi mamá y mi hijo en el año 2019 en un crucero por el Caribe. Estuvimos en Curazao, Bonaire, Aruba y Panamá. Fue un viaje fascinante: conocer lugares, culturas y muchas personas, más la experiencia de navegar en barco. El crucero tenía diferentes eventos, piscinas, casino, restaurantes y venta de productos. Fueron ocho días que se disfrutaron.

Quiero que las mujeres y hombres de esta vereda luchen por sus sueños, que quieran mucho esta tierra y que nunca nos de pena decir que somos campesinos, que trabajamos para dejar el legado a nuestros hijos. Yo soy muy orgullosa de ser campesina.



Soy una mujer campesina de cincuenta y tres años con cuatro hijos y tres nietos maravillosos, casada hace treinta y tres años, ama de casa, trabajadora, labradora de la tierra y amiga de los animales.

Soy una mujer luchadora, me gusta superarme a mí misma, que lo que uno desea lo puede obtener.

Entregada a mi familia a mi hogar soy alegre, conversadora, respetuosa y con muchas cualidades.

CLAUDIA RUIZ



Doña Claudia

Esta es una entrevista continuación de la de la Señora María, están presentes Deisy, hija de Doña Claudia, Viviana, nuera de ella también, y la hermana Doña María. Por parte de la Editorial Karonlains y Said. Doña Claudia empieza contando cuando estuvo en Bogotá recién iniciada la pandemia.

Doña Claudia (DC): Eso allá encontré como uno o dos indigentes y de pronto había unos celadores, había como tres celadores ahí llegando a... cómo es que se llama la iglesia que queda ahí en... llegando a San Victorino, la iglesia de cuando era el padre Acero... Bueno, llegando al parque de San Victorino había tres celadores y estaban jugando. Claro porque no hay nada más que hacer, yo llegué a la esquina y dije “me devuelvo porque esto está cerrado totalmente”, yo creo que iba para la Res a traer una droga y eso estaba cerrado.

Doña María (DM): Aquí no se sintió el golpe tan duro, había SITP. Eso por acá no había carros, era una tranquilidad, se sentía paz.

Karonlains Alarcón (KA): Acá fue más duro para los perros, por ejemplo, fue duro para los animalitos. ¿Y gatos?, siempre nombran perros, ¿no hay gatos?

DC: Pues porque gatos eso sí no. Hay dos, por ahí. Los gaticos si con leche o eso. Y los gatos no son tan grandes, no son tan comilones. Un gato va y busca la comida, pájaros, ratones o comida. Por ejemplo, los ratones se acabaron por la pandemia, ellos se la pasaban comiendo lo de las cocheras porque los marranos botaban la comida y eso llamaba ratones y en la pandemia se acabó todo eso [Risas]. Los ratones comerán tierra será, porque es que la gatica también les dio muy duro, se la pasaba en cacería y eso cada nada, y eso ahí se largaba y cuando llegaba con esos ratones ahí [en la jeta], ya los pobres ratones haciendo así [gestos de calambres en las manos] [risas].

DC: Yo digo que los liberó para que los gatos no se enratonaran.



KA: ¿Enratonan?

DC: Pues que comen mucho ratón y eso ya no cazan. Entonces uno tiene que quitárselos para que no se los coman.

KA: ¿Y los ratones no les comieron los animales? Por ejemplo, los cerdos, porque los ratones y ratas se comen otros animales.

DC: No, no, ellos no, los ratones acá no, y eso que yo les tengo, les tenía una cama a los marranos, eso hicieron un nido debajo. Pero los animalitos muriéndose de hambre si es muy duro, muy duro, y durante la pandemia hubo muchos perritos botados.

KA: ¿Los traían y los botaban?

DM: Sí porque los mismos de Bogotá venían, yo creo que económicamente no podían tenerlos. Y en vez de llevarlos a alguna finca los dejaban botados. Vienen hasta aquí y los dejan en la carretera. Uy, eso había días que “vea allá botaron un perrito, por allí pasaba un perrito”

DC: pero eso en pandemia se vio hartito.

Deisy (D): Sí porque, además, uno tiene su animal y crea un vínculo con su animal, más en la ciudad porque uno tiende a humanizar el animal, ya un día hasta le celebran el cumpleaños y todo. Entonces llegar y botarlo es como ¿que no era un miembro de la familia?

DC: Allá una vez me botaron un perro y educado el perro, muy educado y muy consentido, y lo botaron y cuando llegué el perrito ahí, Dios mío, y el perrito es como con pelitos blancos, entonces ese perro ya estaba viejo y no, es que la raza es así, blanquitos. Y el perro bien cuidado, gordo, educado y ahí me lo botaron en la carretera, pero eso ya hace como dos años que me lo botaron ahí, y ahí está todavía, pero es muy consentido ese perro.

KA: ¿Y usted les pone nombre otra vez?

DC: sí, pero yo creo que a ese si le atinamos al nombre porque yo “y ahora cómo le ponemos al perro”, porque ese es el problema, y por decirle hola, como es barbudito le dije “hola, Barbas”, ay Dios mío. De una, y yo creo que sí se llamaba barbas.

KA: Pues sí, usted me hizo arrugar el corazón de pensar que lo dejen a uno, como un niño por ahí todo desesperado mirando para dónde coger, cogiendo esa carretera para abajo y para arriba, con este frío por ahí.

Said (S): Claro, porque un perro de la calle está acostumbrado, se rebusca a hacer algo.

DC: Una vez nos llegó una labradora, y mi esposo fue a hacer algo y volvió y me dijo “allá dejaron botado un perro grande, lo dejaron con el costal y todo”. Y yo le dije: “pues vaya tráigalo”, porque como estaba por la parte de abajo de la calle, entonces le dije vaya tráigalo, y me dijo “allá está acostada al lado de la carretera”, “pues tráigala porque eso es como un pecado dejarla por ahí” y fue y se la trajo, una labradora y eso viene operada y todo. Es gorda esa perra [risas]. Ella no puede casi ni caminar de lo gorda y cuando la pandemia se adelgazo y viera perra más contenta porque podía correr.

DM: A ella si le sirvió la pandemia.

DC: Y eso corría por ese potrero, feliz [risas]. Eso corría ese potrero y estaba feliz y como ya llegó la comida ya está gorda otra vez, ya no corre. Pero no sé qué hace para engordar tan rápido. Es que ella es operada.

KA: O sea que usted tiene severo refugio en su casa [risas].

DC: Si, eso me sacan la cola pero no muerden a nadie, cuidan la finca. Jamás han mordido a alguien, pero pues suena como si fueran bravos. Mi esposo quiere más a los perros. Los perros lo adoran, él da un paso para allá, usted le cuenta quince perros al pie. Cuando sale pues se le van todos, a él le toca esconderse, los perros están por ahí y él sale volando, y las perras más chiquiticas le buscan y usted las mira por el potrero, buscando el rastro y lo alcanzan.

KA: Y usted cómo se conoció con su esposo, doña Claudia, porque por lo visto se llevan bien. [risas].

DC: Yo iba allá a estudiar, ellos allá tenían un arriendo, o sea los cuñados de él tienen también su arriendo allá en una finca, y ellos tenían ganado, entonces él iba a amarrar terneros. Entonces como ya sabía que se venía a la vereda, la tienda siempre ha estado aquí de mi hermana, y eso llegaban a tomar y de acá y para allá, conocidos de toda la vida. Él me miró, yo lo miré [más risas].

KA: Pero se han llevado bien.

DC: Pues estamos ahí todavía, como todo, no falta uno que otro problema. Lo que pasa es que como en el campo es diferente la vida, o sea, en Bogotá cada quien trabaja y por cualquier roce ya se pelearon, yo ya puedo sola, me voy, en el campo es como diferente. En Bogotá también es diferente porque no se conocen, aquí nos conocemos. Misael es mi esposo.

KA: Misael ¿él era el que hacía el Pirrín? Mi tío se llama Pirrín (risas), y yo les decía que si era que se llamaba Pirrín por tomar mucho, porque él se llama Arturo.

DC: Será que él saca el aguardiente también.

S: No, no, él no lo saca, lo entra [gesto de beber] [Risas].

DC: Es que lo de Pirrín es más como de aquí, pero sacaron el chirrinche, uno siempre le dice así o Tapetusa.

KA: Eso si no lo había escuchado

DM: Eso era lo primero, eso ha tenido mucha historia, como que era aguardiente de contrabando. Pero al final lo legalizaron.

KA: Porque ellos me dijeron que su papá era el que hacia el aguardiente.

DC: Si, él si.

KA: ¿Y usted no lo aprendió?

DC: Si, yo se trabajarlo, sino que casi no..., el que trabaja ahorita es Misael porque como mi papá trabajaba acá en la finca, en nuestra casa, él trajo todo lo de abajo porque como ya a lo último no podía ni caminar, imagínese y bregue que a hacer el aguardiente y llevar panela y eso, entonces ahí están todos sus tiestos, ahí en su cajón, su alambique. Y entonces cuando él faltó, entonces a los ocho días tocaba trabajar, y yo le dije a Misael que trabajara porque qué iba hacer con ese guarapo, se va a dañar ahí.

KA: ¿El guarapo se daña?

DC: Claro, le sale como un tablante, se puede enfuertar y entonces ya no va a dar el aguardiente.

DM: Eso tiene su temperatura, y su trabajo.

DC: Y el siguió trabajando aguardiente que se vende a 20.000 la botella.

DM: Nosotros ahora lo estamos dejando a 10.000 y el pico de pollo que llamamos, lo dejamos a veinte.

KA: ¿Qué es pico de pollo?

DC: Es que le echan, cuando lo van a cocinar el guarapo, le echan pollo y le echan pata de res, manzana, todo eso. Pues sale como como diferente...

DM: Es lo que suda, lo que sale allá, sale de otro sabor. Eso es muy bueno, sale de otro color, es un alimento tenaz.

DC: Entonces con todo eso, mi papi toda la vida, empezó con a los ocho años, con los antiguos que hacían el aguardiente él aprendió, porque él era el que les ayudaba.

KA: Y para comprar los tiestos cómo hacían, porque ella nos mostró un video y eso tenían unas ollas y unos tiestos.

DC: Entonces digamos que ahora ya cambió, porque antes era con ollas de barro, entonces eso se fue acabando y se compró un fondo para

cocinar el guarapo, y alrededor era piedra, así ya como un [gesto con las manos de cavar].

DM: Esto era la olla y le hacían un coso de piedras así, y aquí le meten el carbón.

DC: Y más arriba le ponen un coso que es el...

DM: Tambor.

DC: El tambor, la cuchara, una cañita donde va a salir el aguardiente y más encima una paila en cobre. Eso ya no se consigue, lo consiguió mi papi.

KA: ¿En serio? Como cien años debe tener esa paila.

DC: Por ahí hasta más, una ya se había dañado, o sea la más antigua esta guardada, pero esa se dañó, pero no se ha conseguido el cobre porque tiene que ser cobre especial, un cobre amarillo porque si es cobre blanco no sirve.

KA: Esa es herencia de su papá.

DC: Sí, él la tenía ahí también pero entonces no le gustaba porque era muy pesada, le gustaba la otra, igual Ismael saco la otra y se le entraba el agua y como no se puede entrar el agua no sirve. Entonces ahora hizo como una especie de estufa por decirlo así y encima le puso como una parrilla y ahí puso el fondo encima y la leña lo echa por debajo y a bregar pa'que no salga el humo, le echa greda. Todo eso o comprábamos cuando vendían las mulas en Las Cruces, en la plaza de Las Cruces, en ese tiempo era dónde se conseguían las mallas. Ya ahorita no se consiguen porque son difíciles.

DM: Pero acuérdense que antes llevaban una cosita así [gesto con los dedos índice y pulgar de coger algo]

DC: La cuchara, pero se cambió porque cuando mi papi ya estaba rajada y se acabó de romper. Porque eso toca con cuchara de palo, sino que consiguió una y la termino de alisar y esta era más pequeñita, entonces Misael la alisó y la hizo más honda porque estaba muy panda y es la que ahora utiliza. Y está la tal paila, aquí al fondo el guarapo, aquí está el tambor, por dentro lleva la cuchara de madera y la caña y aquí encima va la paila de cobre y la manguera llega aquí para que llegue normal. Pa'que no llegue caliente, sube el calor y suda y empieza a salir.

KA: Esa labor del aguardiente no la conocía, fue Daisy la que la nombró y me dicen que es muy tradicional de aquí de Monserrate.

DC: Eso sí el aguardiente sí viene de toda la vida antigua, mi papá nos contaba que él aprendió fue con un señor...

DM: Fidel Castro tenía que ver con eso.

KA: ¿Fidel Castro?

DC: Él fue el que fundó lo del aguardiente, él fue el que empezó a trabajar el Pirrín, pero no el de Cuba [risas], porque mi papi me acuerdo que él nos contaba mucho eso, o sea primero fue Fidel, papa Fidel le decían, él era uno de los antiguos que empezó.

DM: En esta cordillera está donde vivía el tal Fidel.

DC: Y él era el que más trabajaba en el aguardiente y ahí empezó la gente a seguir trabajando. Mis tíos, todos de Ubaque, todos vinieron a hacer eso.

KA: Pero acá yo me acuerdo que hubo un tiempo de prohibición.

DC: En ese tiempo existía la tal guardia y eso era prohibidísimo, pero hace muchos años ya.

DM: En los antiguos, cuando mi papi tendría sus veinte años por ahí.

DC: Existían los guardas, que no dejaban que porque eso era contrabando.

DM: Pues lo que papi contaba es que como en ese tiempo había tanto guarda, que en ese tiempo no era policía sino guarda y eso perseguían mucho a los cabeceadores, a los que cauchaban el aguardiente porque en ese tiempo el aguardiente era contrabando, y yo creo que todo el mundo trabajaba ahí en donde nosotros porque como era tanta gente, en esos tiempos eran los barriles de aguardiente para Bogotá, mi papi decía que eso cargaban las mulas cada una con barriles de veinticinco botellas, y en cada mula sin saberse cuánto echaban, eso eran varias. Se iban por la vía de la herradura y se devolvían con la miel, porque en ese tiempo trabajaban era con miel, él decía que, con los zurrones, pero nunca le pregunte que era un zurrón.

DM: Yo sí conocí los zurrones.

DC: ¿Y qué era?

DM: Eso era una vaina de cuero, y era una garrafa grande y tenía su tapa y todo. ¿Y los zurrones que se harían?, se lo comerían los perros porque eso era cuero.

DC: Y mi papá contaba que los zurrones los traía con miel, yo creo que mi papá estaría joven y como ya todo mundo trabajaba en eso, entonces papa Fidel les hizo una apuesta a los guardas y dijo “si yo a ustedes les paso el aguardiente por la cara y ustedes no se dan cuenta, nos lo legalizan” y que sí, y que listo, vamos a ver. Y entonces él llevó un ataúd y puso a un montón de mujeres de negro y que sí que por el camino se vinieron y que todas las mujeres detrás que porque se les había muerto alguien, que lloren y lloren, y que pasen por ahí y los guardas a un lado y que “padre del espíritu santo” [se persigna]

[risas], y cuando ya estuvo en Bogotá levantaron la tapa y tome a su muerto, llevaban el aguardiente y que así fue como legalizaron el aguardiente y ya los dejaron de molestar, ya los dejaron libres, trabaje y haga lo que quieran que nosotros ya, y que eso fue pa' poder trabajar. Y ya no lo prohibieron más.

S: Originalmente estos destilados solo los podían producir las licoreras legalizadas, no se puede tener un alambique en la casa y destilar trago. Aquí no se hace chicha, ¿verdad?

DC: Guarapo, pero muy poquito. Eso venden barriles para la fiesta de reyes.

DM: Y la gente se pega unas borracheras de esa vaina, toman un poco de eso y se enferman, ¿cierto?

KA: Yo una vez tome una totumada y me dieron unas churrias [risas].

DC: Mucha gente no puede tomar eso es por eso.

KA: ¿No tienen ustedes festival del aguardiente?

DC: Nada

KA: Pero es que yo he visto que no tienen como un salón comunal para hacer los eventos. Ni plaza como para decir “se reúnen en la plaza los lunes”.

DC: Nada.

KA: ¿Aquí como hacen el mercado, siempre en Bogotá?

DC: Bogotá.

KA: ¿Nunca han tenido plaza por acá?

DC: No nunca.

DM: Hubo un mercado que hicieron arriba.

DC: Pero aquí no hay eso, aquí no se presta tampoco. Hay muy poca gente. Lo del aguardiente ya casi nadie sabe trabajarlo. Mis tíos todos trabajaban esa vaina, no porque, pero como eran los antiguos. Mi papi de toda la vida vivió de aguardiente.

DM: Y eso que trabajaba poquito porque uno no trabajaba sino, o sea uno lo llama una cocha.

KA: ¿Qué es una cocha?

DC: Una trabajada por así decirlo, una cada ocho días, y eso uno sacaba quince botellas si era hartico.

KA: ¿Y tomaba él?

DC: Solo no, él usted no lo veía tomar solo, si duraba ocho días solo él jamás se tomaba un aguardiente, pero que llegara el que fuera le iba dando su aguardiente.

DM: Así tan enfermito y todo, pero se pegaba sus tomadas con sus amigos.

DC: Pues mi papi que yo me acuerde siempre nombro a su tal Fidel Castro y eran ya años porque ya no existía, imagínese yo tengo sesenta y pucha de años, en esa época ya no existía el tal Fidel Castro. Porque lo que se nombraba era Fidel Castro que empezó con el aguardiente, pero otra persona que haya dicho que antes de Fidel Castro había otra persona, no, él era el del aguardiente.

DM: Hay historias de él, sino que ya no hay quien las cuente.

DC: Y nosotros como nunca le preguntamos a mi papi [Silencio].

DM: Yo me arrepiento de no preguntarle tantas cosas porque yo cada que me sentaba a hablarle y preguntarle...

DC: Se acordaba de todo.

DM: Era como si lo hubiera vivido ayer, se acordaba de todo y de todo me contaba que cuando él era chiquito lo dejaron en la casa y mis abuelos se venían a Bogotá y los dejaban con mi tío Julio y creo que mi tía, que los habían dejado en el ranchito, y ellos cocinaban con ollas de barro y entonces no tenían fósforos ni nada, les dejaban a los niños el fogón prendido y les ponían la olla ahí para que hicieran su almuerzo, mazamorra o el caldo, y chiquitos se pusieron a jugar ellos y juegue y juegue y que como a las once de la mañana “vamos a mirar la olla” y la olla se les había desfondado y no se dieron cuenta, y se les apagó el fogón.

DC: Y que todo el día aguantando, eso si mi papi tenía eso tan clarito, aguante todo el día hasta que mis taitas llegaron como a las once de la noche, o sea hasta el otro día que les dieron comida ahí sí. Y eso mi papi lo tenía tan clarito cuando me contaba. **DM:** Me gustaba mucho ir donde mi abuelita a tomar chocolate porque ella hacía el chocolate en el fogón, pero en el de piedra y ella hacía chocolate en ollas de barro y que chocolate tan rico, nos hacía cacao. Si eso de ahora es solo azúcar y le echan uno cuanto para hacer dos pocillos...

DC: Fui a Choachí me traje una bandejita de turrón, pero hay que ver que a los niños chiquitos ya no les gusta. Empiezan [sonido de vomitar], a decir ¿y esto que es? No nos gusta.

KA: ¿Alguna se acuerda de cómo se fundó El Verjón? O sea, esto ya estaba cuando eran niñas y ya me estaban nombrando fincas de por ejemplo cuando usted tenían doce años, que trabajaban por acá, ¿no escucharon o preguntaron cómo se fundó El Verjón?

DC: No, esto se llamaba Verjón Alto y Verjón Bajo, más abajo es Manzano.

DM: Cuando mi papi dice que empezó a venir por acá porque él empezó muy niño por acá, porque yo le preguntaba cómo era y me dijo que ranchitos sí había, ranchitos y las casas y las haciendas que se llamaban Verjón.

KA: ¿Esto se llama así por una hacienda?

DC: No sabemos, yo la conocí de toda la vida como El Verjón. Eso sí era costumbre de la gente del barrio, y por acá también, toda casa que había ahí se sembraba la mata de pino. Donde hay un pino ahí había una casa.

DM: Porque del Verjón quiere decir que está nombrando la vereda Verjón, pero debe ser el Frailejón, que es que aquí había mucho Frailejón, mucho.

DC: Yo creo que la finca sí le pusieron Frailejón, pero no quedó así, sino que fue Verjón.

DM: Vereda El Verjón, o sea lo que estábamos hablando del aguardiente que es que la gente era como más inteligente [risas]. No, de verdad porque yo le preguntaba a mi papá cómo era la vereda, entonces me decía “cuando yo venía por aquí esto era un peladero” decía, o sea, no había monte casi, entonces el sí decía que había como espigas de pasto. Eso sí decía que había potreros, eso ya la gente estaba en las fincas, yo creo que en ese tiempo sembraban era la avena y las espigas.

DC: Y pues que las ranchitas, y que en el segundo piso donde vivía mamá Nuncia que llamábamos, allá sí había ranchitas. Y el Once, siempre el Once, él siempre decía que en el Once, donde empieza la vereda ahí era donde llegaba la gente, los lotes era ahí, donde vive Pedro Pineda. Y él dice que ahí llegaban y hacían fiestas, pero de guitarra y que toda la noche tocaban y que bailaban y que les amanecía bailando y tocando y jugando taba.

KA: ¿Qué es taba?

DC: Taba es un huesito de los cabritos, de las patitas de los cabritos, sale un huesito como en forma de un “3”

DM: Una “S” por un lado y un “3” por el otro.

DC: Las limpiaban bien, y pum a jugar taba y el que saque “3” y “3”. Por un lado, era como una “S” y por el otro como un “3”, y era por ahí así de altica, y así de anchita y entonces cogían la tabita y le hacían así, y si llegaba a quedar en “3” no era, en “S” sí...

DM: Con la tabita se hacía, si quedaba parada era en calzoncillos y apúrese [risas]. Eso valía el doble. Y si caía así era calzoncillo y por aquí quedaba el “3” y por aquí la “S”, es solamente así.

DC: Lo jugaban toda la noche, decía que jugaban taba, tute y triple toda la noche, y dizque les amanecía. Esto era muy bonito porque no había carreteras.

DM: Y sin zapatos andaban y para pasar el páramo era muy terrible.

DC: Pero ya no es tan duro el invierno, en ese tiempo se helaba la gente.

DM: Se arrinconaba la gente a las maticas y ahí se entumían, eso sí era difícil porque el invierno era muy terrible, los animales también. Porque los terneros se agarrotan. Sí eso la gente sufría mucho en el páramo por el frío. Decía mi papi que arremangarse los pantalones hasta aquí [a media pantorrilla] y sin zapatos hágale, y él iba con sus mulas hasta Bogotá, con mercados, todo. Los que ya tenían unos centavitos se compraban sus alpargatas, pero eran solo para entrar al pueblo.

DC: Eso tenían que durar les decía mi papi, como unos seis meses o un año. Mi papi era muy fino, eso las alpargatas como de cuero pintadas eran muy especiales, a mi papi le gustaba vestirse muy bien. Nosotras ya éramos como remilgosas, y eso la gente descalza [gesto de desprecio], nosotras no nos gustaba andar así, solo en zapatos, no íbamos con mi mami porqué íbamos en zapatos o sino no, no voy, no voy y no voy. No es que ni en alpargatas voy a salir, yo no sé de dónde sacábamos eso.

DM: Cuando mi papi empezó a comprar sus zapatos que eran en caucho, pero había zapatos de caucho, pero fino, y mi papi siempre se compraba esos zapatos.

DC: Ya los compraba y ahí si ya zapaticos de esos negritos bonitos, pero de caucho. Había unos zapatitos de caucho, pero eran de cordones, y eran un poco altos, como boticas y a mí no me gustaban. Y había otros que eran como especie de mocasín de caucho, y esos sí me fascinaban, pero eran más caros. Y mi papi siempre me compraba era los de amarrar, yo quería los otros y ay juepucha, ya cuando estuve grande que ya me los podía comprar me los compré.

KA: Ya había moda en esa época [risas]. ¿Y ustedes de dónde sacaban las ideas para vestirse?

DC: Yo no sé, prácticamente cuando mi mamá partió como a mis ocho años, ya quien le decía a uno como se vistiera y como no, y yo no tenía casi ropa, yo buscaba lo más bonito que sentía que me quedara bonito.

KA: ¿Y de qué murió su mamá?

DC: Seguro de gastritis, yo creo, le dio úlcera. ¿Úlcera se llama? Una bola que se hace por acá y ella como trabajaba o aguantaba hambre, no sé cómo era.

DM: Ella era delgadita.

DC: Ella aguantaba y entonces ella se enfermaba, y cuando le daba esa vaina, ella vomitaba. Ya, y le pasaba con leche yo me acuerdo, era lo único que le gustaba y entonces ella se enfermaba mucho mucho, y llego el día en el que ya se enfermó de verdad, se enfermó ya y la trajeron al hospital que es cuando dice usted que la llevaron a Bogotá, y resulta que no la podían ya operar, porque quién sabe. O sea, esa vaina le echo muchos hijitos, le dejo un tumor y se le reventó. Se envenenó, porque sangre por todas partes, porque una bola grande seguro tenía. Cuarenta y siete años tenía. Y eso sí sacamos nosotros, la gastritis, la heredamos de mi mamá, sí porque lo que es el Edison sufre mucho de eso, yo sufro de gastritis, todas sufrimos de gastritis.

KA: ¿Ustedes cómo quisieran ver la vereda?, ¿cómo les gustaría verla en un futuro?

DC: Para mí, que volviera a ser como antes, poder trabajar, todo, sí, como un día de estos veremos.

DM: Que la gente como que se reuniera más, como que volviera uno a tener sus costumbres y sus eventos, esa unión.

DC: Pues es que hay más gente prácticamente.

DM: Pero son muy desunidos.

DC: Antes era mejor. Que se reunían y hablaban.

DM: O se hacía algo, ya no.

DC: Y que no llegue nadie allá, ir a una casa como cualquier entidad o algo, que problema se mete uno.

DM: La gente se volvió muy desconfiada.

DC: La gente echa ojo hasta por si acaso, ya tienen rejas y todo porque no dejan entrar. Aquí joden porque estamos a la orilla de la carretera, pero que sea al fondito o así no van a joderlo. Como en Sabanilla.

KA: ¿Qué es Sabanilla?

DC: Una vereda de Ubaque también, que colinda con nosotros. A ellos les cayó la CAR también cuando llegaron acá, y también llegaron a atacar allá y allá si les quemaron los carros, les pegaron y no sé si algo más habrán hecho.

KA: Ahí es donde deberían pelear, donde deberían mostrar unión y deben mostrar ancestralidad, por ejemplo, el aguardiente les sirve: ustedes llevan todos esos años aquí y eso les puede ayudar en procesos porque ustedes demuestran que no están tomando el espacio, sino que están viviendo acá.

DC: Nosotros les hemos dicho y no dan ni pa'pensar.

KA: Pero toca tener pruebas, entonces ahí les sirve a ustedes, por ejemplo, consigan fotografías de gente mayor, consigan testimonios y fotos y guárdenlas, cuestión de que cuando vengan a pelearle les dicen “es que mira, aquí hay una foto de hace ochenta años, nosotros no nos inventamos, poseemos la tierra”. Les toca a ustedes cada que vean fotos viejas guardarlas, o tomarle foto con el celular y eso se llama construir memorias. Por ejemplo este libro, uno hace la fecha, si su papá vivía aquí cuando él tenía doce años, digamos diez años y murió de ochenta y seis, entonces él vivió aquí setenta y seis años, y don Fidel Castro estaba antes, entonces uno logra hacer una narración de unos cien años.

DM: ¿Mi papi donde nacería?

DC: Mi papa nació allá donde mi abuelita, él nació en el año veinticinco.

KA: Imagínese, ¿y ustedes no tienen papeles como el acta de nacimiento de su papá?

DC: Yo tengo una pero no sé si era de matrimonio o de algo más. Esta vereda es muy antigua, muy, muy antigua. Un campamento de los obreros cuando dejaban la maquinaria, dejaron toda la maquinaria cuando dejaron esa vía y fue en 1906. Como eso era un campamento grande lo donaron a la vereda que para que una escuela, porque no había nada. Esa casita [en donde ahora funciona el colegio] tiene lo que tiene la carretera.

DM: Por eso, y él nació en 1925 entonces fue como en el diecinueve, usted se acuerda que dijo que 1940.

[Aquí se hace una pausa para buscar una foto que habían tomado de un libro, el libro se encuentra en la biblioteca de Choachí].

KA: “Carretera directa a Bogotá, desde 1940 el señor Carlos Fernández había empezado a inquietar a la población y a mover las fichas del momento, hasta que logró que el diputado Dr. Roberto Arciniegas logrará por medio de la ordenanza No 22 del 6 de Julio de 1942 de la Asamblea de Cundinamarca se construyó la carretera Choachí-Bogotá”.

DC: ¿Si ve?, ¿cuántos años tiene entonces?

DC: Ochenta años tiene la carretera. Se cumplen ochenta años desde que la empezaron a hacer.

KA: bueno, muchísimas gracias, yo voy a transcribir todo esto, van más de dos horas de charla [risa]. Voy a transcribir las historias y lo que voy a hacer es dividir las historias, una la va a contar sumercé y la otra la señora María [doña María]. Les agradezco mucho por recordar todas estas cosas y por contarlas.





*A las mujeres de la vereda
las queremos saludar
son mujeres berracas
con derecho a progresar.*

*En la vereda del Verjón
muchas cosas encontrarás
desde hortalizas, queso y cuajada
y no te arrepentirás.*

LJ



L J

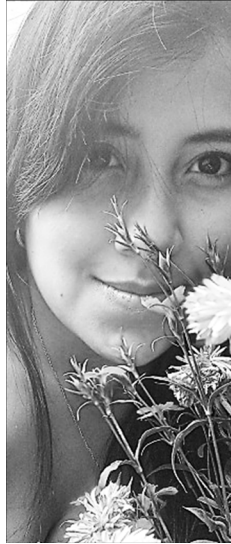
Mi nombre es L J y vivo en la vereda El Verjón Alto desde que nació. Mis padres son natales también de la vereda. Mi vida ha sido tranquila, mi niñez muy alegre, siempre la compartimos con mis primos. Me acuerdo tanto y siempre cuento una anécdota que comparo con el Chavo del ocho: había unos primos que tenían más comodidades que nosotros. Por ejemplo, hacíamos las cometas con palos y plástico y a mis primos les compraban y salían chicaneando con sus cometas, entonces nosotros se las quitábamos y los hacíamos llorar. Como vivíamos cerca mi tío gritaba a mi tía y a mi mami para darles quejas y nos regañaban.

Mi niñez la recuerdo bastante. Tengo muchas alegrías y sé que es diferente a la de mis hijos en este momento, para ellos es más la tecnología. Yo trato de explicarles que la vida no es así pero el entorno actual es solo virtualidad, celulares.



En mi juventud no pude estudiar, mis recursos no daban, pero siempre fui emprendedora. Participaba en mercados campesinos vendiendo lácteos como queso, cuajada, leche, yogurt, arequipe y amasijo. En la actualidad pertenezco al grupo Tejiendo Territorios. Es un grupo conformado por personas que fabrican y comercializan sus propios productos: hay cacao, telas, productos de coco, amasijo, conservas, hortalizas, huevos, etc. Es un grupo muy colaborativo y familiar.

Doy gracias a Dios por todo lo que me ha dado: una pareja muy responsable y juiciosa, tenemos dos hijos que son la bendición de nuestro hogar. Comparto con mi familia, nos apoyamos y vivimos momentos felices, aunque no faltan los problemas seguimos adelante y nos apoyamos entre nosotros. Seguiré luchando por mis logros y mis metas, pero siempre al lado de mi familia, también luchando por mi vereda para que podamos seguir viviendo tranquilos y dignamente. Que podamos arreglar la casa sin que nos cobren multa.



Soy una Joven de veinticinco años con raíces campesinas, soy técnica profesional en operaciones comerciales, estudiante de sistemas y lógicas, compañera de un espectacular hombre con el que tengo un hogar, trabajadora, ama de casa, me encanta aprender y creo en que la Sabiduría es el mayor discernimiento para nosotros los seres humanos, soy muy caprichosa y luchadora por lograr mis metas. También soy Madre de un Maravilloso niño de cinco años. Tengo un alma muy humilde, bondadosa, carismática y sobre todo muy solidaria para todas las personas que están cerca de mí. Amo Mi familia y admiro y amo la Naturaleza.

VIVIANA SOACHA



La fuerza de la lucha desde adentro de cada ser

El destino es incierto pero acertado porque les permitió a dos personas como mis padres, de diferente clima (mi madre de clima frío y mi padre de clima caliente) llegar a conocerse. Pero eso sí, ambos de raíces campesinas como lo fueron mis abuelos. A raíz de ello puedo decir muy orgullosa que soy de origen campesino.

Fui criada en el campo, en tierras donde labrar la tierra y consumir frutos de su labranza era un orgullo, los amaneceres los adornaban los pájaros con sus cantos, pero eso sí, hacer de cualquier objeto que se encontrara en el campo un juguete como lo era jugar con piedras, palos, hojas secas y muchas cosas más... ah, y los animales que teníamos eran tres burros, dos vacas y un toro.

Cuando mis padres decidieron formar un hogar mi mamá tenía a mi hermano de seis años pero mi padre quería tener un hijo propio, claro está que a mi hermano siempre lo trató como a su hijo pero él quería un hijo más, entonces Dios los iluminó con un hijo pero lamentablemente no llegó a este mundo, le dijeron a mi madre que no tenía la posibilidad de tener más hijos y sin embargo lo intentaron, y mi madre volvió a quedar embarazada, de una niña, la cual los llenó de dicha porque pues después de todas las cosas íbamos a tener una familia grande.

Así transcurrió el tiempo, un día llegó mi tía y les pidió a mis padres que si me dejaban ir con ella a pasear y pues ellos aceptaron, ella me llevó pero cuando iba para la casa vio que desde lejos estaban en un velorio, entonces se fue para ver de quién era y se quedó allí, después me llevó para la casa y al otro día mis padres vieron que estaba enferma porque tenía diarrea, fiebre, palidez y sin apetito. Mi padre preocupado se fue para el hospital y nadie le supo decir nada. Me volvió a llevar para la casa, allí estaban mis abuelitos, cuando me vieron le dijeron que yo estaba (yelada),



que el único remedio era que mataran una vaca, me envolvieran en una sábana y entre tres personas me metieran dentro del vientre, pero cuando lo hicieron y me sacaron no reaccionaba, después de unos segundos escucharon el llanto pero se asustaron pensando que me había ahogado.

Desde entonces no me volvieron a dejar con nadie, y pues ya iba mejorando y creciendo muy rápido, ya tenía cuatro años y era muy inquieta, tanto así que me ocurrió otro incidente: Estaba mi mamá haciendo desayuno y yo me provoqué de pataconas, le pedí una y me la dio pero yo la quería con sal y como la vi tan ocupada cogí una banca y me subí para alcanzar la sal, pero delante estaba una olla de tinto recién hecho y sin darme cuenta me la derramé quemándome todo el pecho. Mi padre cuando me vio me cogió y salió desesperado a buscar un carro, cuando llegamos al hospital me rompieron la blusa y me hicieron curación, me tuvieron dos días allí, luego el doctor dijo que tocaba comprar un medicamento para que cicatrizara mejor, pero costaba demasiada plata la cual no teníamos. Mis padrinos como estaban allí fueron a Bogotá y me lo compraron y desde entonces quedé muy agradecida... ah, y mi abuelita todos los días me hacía la cremita de nácar para aplicármela y con esas cosas hoy en día no tengo ni la mancha.

Pasaron dos años y el trayecto de mi vida cambió cuando mis padres se separaron por conflictos y yo quedé sola con mi padre y mi abuelita a la edad de seis años. Mi madre tuvo que irse, pero me ayudaba económicamente aunque para mí no era suficiente porque casi no la veía y me hacía demasiada falta. Sin embargo, estaba con un padre amoroso, comprensivo y pues también tenía una abuelita bondadosa, noble y cariñosa, pero había veces en que ella tenía que irse para la finca entonces no había quien me cuidara. Mi padre decidió ponerme en un internado de monjas vicentinas el cual era muy rígido pero era externo porque estudiábamos todo el día desde las seis de la mañana hasta las cinco de la tarde, nos daban onces y almuerzo, por las mañanas eran clases de escuela y en la tarde eran clases de manualidades.

Un día quise hacerle una picardía a Veatriz ya que era muy gruñona: no entré a su clase de religión y ella se dio de cuenta y salió a buscarme, yo me escondí y tiré piedras pequeñas al techo para asustarla, sin embargo se dio cuenta y salí corriendo para que no me llevara a las malas a la rectoría, rápido me subí a un segundo piso que había en la rectoría donde había

un balcón y un balde lleno de aguas lluvias de las goteras, así que lo cogí y se lo derramé encima, creí que se iba a ir cuando la mojara pero no, se enfureció y subió a buscarme, me cogió muy duro de la mano y me llevó para la rectoría. Allí me preguntaron que por qué había hecho eso, no contesté y bajé la cabeza, entonces me llevaron donde la psicóloga mientras llegaba mi padre porque lo habían llamado para que él corrigiera mi mal comportamiento. Mi padre llegó y no me dijo nada, me llevó para la casa y me preguntó muy calmado: ¿mami usted por qué hizo eso! Yo respondí: porque quería saber qué hacía la hermana Veatriz. Se sonrió y dijo: ¡traviesa! Después mi abuelita sí me regañó pero me hizo prometerle que no lo volvería a hacer y así fue.

Al otro día teníamos clase de granja y días antes el profesor me había dicho que una marrana había tenido cría. Mi padre me hacía el desayuno, me empacaba los zapatos embolados con unas medias blancas y mi abuelita me peinaba. Salía rápido corriendo con mi padre, él me dejaba en la escuela y yo me cambiaba las botas por los zapatos y medias bien limpias, llegaba muy temprano a ayudarle al profesor y a él le gustaba porque así mismo podía tenernos la clase rápido. Entonces ese día me dejó llenando unos teteros con leche y yo creí que eso era leche para marranos pequeños, cogí uno que no paraba de chillar, le abrí el hocico y le embutí el tetero. Cuando el profesor me vio me quitó el marrano y me mando para la cancha a que jugara allí. Simplemente me regañó mucho. Al otro día fui a ver qué había pasado con el marrano pero ya no estaba, ni la marrana ni sus crías, entonces creí que los habían vendido como hacían siempre.

Llegaba el fin de semana y con ello mi dicha porque nos íbamos para la finca donde la casita era de bareque y las sillas eran tablas o troncos de árboles secos. Mi abuelito me tenía un columpio y eso sí, me daba muchos golpes pero me fascinaba jugar allí. Mi abuelita siempre hacía peto o mazamorra, le quedaba muy delicioso. Mi abuelito era un poco gruñón con todo el mundo pero conmigo era tan diferente, hasta jugábamos juntos y yo no entendía porque era así o por qué trataba así sí a mi abuelita la trataba muy mal y ella muy sumisa no le decía nada, era una mujer de admirar y sacaba tiempo para todo: trabajaba, era ama de casa, era mamá, era abuelita y cuidadora pues porque me cuidaba a mí. Qué gran mujer.

Un día mi abuelito se le cayó el sombrero y yo en medio de mi ingenuidad le pregunté que por qué tenía la cabeza pelada y el me respondió

riéndose: pues hija, eso es de pelar tanto maíz con usted. Al pasar el tiempo mi abuelito se enfermó, le dio cáncer de colon y lo tuvieron que internar en el hospital. Desde entonces no lo volví a ver y mi abuelita en la casa lloraba mucho. Pasaron dos meses y mi abuelito iba empeorando. Mandó a decir a mis otros tíos que el necesitaba a mi papá para pedirle perdón por lo que le había hecho cuando él era pequeño: mi papá con catorce años de edad defendió a mi abuelita de las muendas que mi abuelito le daba y como represalia lo sacó de la casa, eso fue algo que a él le dolía entonces le pidió perdón y se fue a descansar.

Mi abuelita se entristeció tanto que se le olvidaban las cosas, me tocaba ayudarla para que se tomara los medicamentos de la tensión y del corazón. Un día mi mamá me llamó para que pasara las vacaciones con ella, pero yo no quería dejar a mi abuelita sola. Sin embargo mi abuelita se fue para donde una tía donde la iban a cuidar pero yo sentía una preocupación extraña dentro de mí, y pues una noche me acosté y tuve el sueño más hermoso que marcó mi vida, me soñé con mi abuelita: estaba de blanco con una canasta y al pie de un árbol de manzanas y cuando la abracé me dijo: hija, ayúdeme a recoger manzanas y eso hice, cuando alcé mi mirada ella se alejaba y se sonreía y yo rápido corrí a alcanzarla pero no podía, luego me despertó el sonido del celular de mi mamá, yo contesté y era mi padre que no tenía palabras para decirme lo que había pasado, después de unos segundos con voz de llanto me dijo: hija, su abuelita se nos fue, le dio un paro al corazón por no tomarse las pastas. Por tristeza, yo me quede paralizada pero después lloré sin consolación.

Al otro día me devolví para donde mi padre, allí estaba él muy triste porque primero se había ido mi abuelito y ahora se había ido la mujer que más amaba en el mundo. Comenzó a refugiarse en el trago, yo lo entendía de tal manera que ni se lo reprochaba, trataba que mi compañía cubriera el dolor que él sentía, trataba de no darle dolores de cabeza y me portaba muy juiciosa aunque él no me lo pidiera, yo sentía que era la forma de demostrarle que no estaba solo y que yo siempre estaría con él, era tanto el amor que sentía que lo quería solo para mí y era celosa, un día mi padre decidió tener una compañía sentimental y yo no la aceptaba, aunque tenía once años era super consentida. Un día él llegó y me dijo que tenía que dejar de ser así porque iba a llegar un hermanito, y pues cuando me lo dijo le hice berrinche, ya cuando nació, mi padre me dio

a mi hermanito para que lo alzara y yo me llené de ternura, comencé a comprender esa brecha que nos unía y desde entonces lo adoro mucho, pero a mi padre no le duró mucho la relación y pues su pareja se fue con mi hermano, entonces volvimos a estar solos mi padre y yo.

Él me enseñó a cocinar y a lavar, a mi madre muy de vez en cuando la veía y con el tiempo comencé a ver las cosas de otro modo, iba creciendo y pues también quería trabajar como mi papá, ganar plata. Ya con catorce años le dije que quería ganarme mi propia plata, mi padre habló con un señor que siempre sacaba la leche cargada en sus bestias hacia la carretera para que la recogieran, le dijo que si necesitaba quien le ayudara que yo quería trabajar, desde luego me dio trabajo, después un amigo del señor le dijo que necesitaba una mesera y él me dijo a mí que si me interesaba y yo de una comencé a trabajar y pues así pasaron dos años, él me daba la caja para que la manejara y nos volvimos muy amigos. Un día se me ocurrió la idea de que hiciera una pista de baile, le presenté la idea y aceptó. Comencé a trabajar en las noches los fines de semana ya que entre semana estudiaba en el colegio, así transcurrió el tiempo y yo mientras ahorrraba para pagarme una universidad.

Un día yo estaba trabajando de noche y llegaron un grupo de muchachos, los atendí y después uno de ellos me invitó a bailar. Me hacía reír mucho y pues mientras bailábamos me preguntó que de dónde era, que cuál era mi nombre, y por último me pidió el número, yo no sabía sí dárselo o no pero sin embargo se lo di. Al otro día lo volví a ver, iba con sus amigos y sin dudarlo se acercó y me saludó y yo sentí que me había cautivado con su sonrisa, su carisma, sencillez y gran personalidad.

Comenzamos a hablar por teléfono, me trataba muy tierno y nos hicimos amigos. Un día le pregunté que qué éramos él y yo y pues no supo contestarme. Yo tenía una salida a San Andrés y la pasé súper porque fue la primera vez que conocía el mar, cuando volví le dije al muchacho que yo le había comprado un perfume y que nos encontraríamos, él me dijo que nos viéramos en Bogotá en la Plaza de Bolívar. Cuando me iba a encontrar con él lo vi desde lejos y cuando estuvimos juntos me besó, sentí un corrientazo y cuando me abrazó fue algo muy bonito. Me llevé al parque de los novios. Hablamos de todo y después recochamos y jugamos como niños. Me sentí tan feliz. Hace mucho tiempo nadie me había hecho sentir tan bien, por eso ese recuerdo lo guardo como un

tesoro. Después me acompañó a coger el bus para irme donde mi mamá y al otro día regresé donde mi padre. Le dije que yo tenía una plata para estudiar en la universidad y me dijo que si quería irme para Bogotá él me apoyaba y así fue, comencé a estudiar ingeniería ambiental, hice un semestre y pues en Bogotá es muy dura la vida, en todo se gasta plata, entonces un compañero dijo que si me interesaba trabajar medio día entregando volantes, que pagaban por día de trabajo y pues acepté pero no me alcanzó la plata, comprendí que las ganas no lo son todo y que me tocaba esforzarme más, comencé a trabajar en una cafetería pero aun así no me alcanzó la plata.

Después me enteré que estaba embarazada. No sabía y fueron muchas emociones encontradas. Mi pareja estaba muy contento y fuimos a sacar una ecografía, cuando vimos al bebé ya estaba formado y era un niño y bueno, ya tenía otra personita por quien más luchar y pues después nació y nos iluminó para unirnos toda la vida. Y sí, tuvimos muchos inconvenientes, cuando nació tenía bilirrubina, estaba saturando mal y nos dio una infección, pero al final superamos todo y salimos del hospital más unidos que nunca. Después lo registramos con el nombre de Ian ya que es un nombre corto de origen hebreo, pero también es una adaptación inglesa del nombre celta Lain que se traduce como Juan en Escocia. Se puede decir que es una adaptación moderna y Danilo también es de origen hebreo y es variante de Daniel. Así le pusimos a nuestro mayor tesoro que llegó a llenarnos de sabiduría, amor, unión y paciencia.

Me fui a vivir con la familia de mi pareja aunque no estuviera de acuerdo, acepté considerando la familia que estábamos formando y que él estaba apretado económicamente, no era mi ideal y pues cuando llegué allí era incómodo por muchas cosas, no los conocía y adaptarse a cada personalidad era algo muy difícil para mí, sin embargo no me aguanté y le dije a mi pareja que necesitábamos nuestro espacio y que tocaba hacer algo.

Un día me fui a caminar en este lugar hermoso lleno de pureza y de pronto en la finca vi una casita muy pequeña, decaída pero se podía arreglar para vivir los tres, así que le conté a mi pareja, él le dijo a sus padres y ellos aceptaron y la comenzamos a arreglar. Después entré a estudiar al SENA, hice las prácticas y me dieron trabajo, comencé a trabajar aunque casi no veía a mi bebe pero tenía que hacerlo y a mi padre iba a visitarlo los festivos, me hacía tanta falta pero sé que algún día le pagaré todo lo

que me dio. Ya después se me acabó el trabajo y comencé a buscar pero no encontraba, un día en eso de las elecciones un político me ofreció estudiar, era un convenio con el SENA y un instituto o algo así muy bueno, también arreglamos la casita y vivimos mejor, comencé a sembrar matas y a hacer mis manualidades. Ya terminando el estudio conseguí un trabajo flexible donde los fines de semana los repartía entre mi pareja y mi hijo con mis padres tratando de compartir y vivir los mejores momentos de mi vida. A pesar de tener una corta vida aprendí a valorar y a demostrar el amor por cada uno de ellos, por eso aprovecho cada instante y momentos porque son lo único que tengo para llevarlo en mi baúl de recuerdos. Y lo que pueda hacer por ellos sea la mayor marca que recuerden de mí.

Hoy vivo orgullosa de lo que tengo, de lo que soy y de las cosas que vendrán, nada ha sido fácil pero la Fuerza de la lucha desde adentro de cada ser es la virtud que tiene cada ser humano para sobrevivir en un mundo terrenal.



¡¡¡Soy tantas cosas!!! Mujer rural y campesina hace cinco años, mamá desde hace veinticinco. Artivista, feminista, amiga de los animales, diseñadora de indumentaria para escena, formadora y profe, ambientalista, emprendedora en ejercicio de algo que llamo “nuevas ruralidades”.

Soy una mujer que le apuesta a la creación de nuevas formas de vivir y relacionarse. Desde la creación artística y la necesidad de comunicación, escribo mi perspectiva de mundo y mi visión de la complejidad humana. Abierta para el encuentro y la expresión.

¡¡¡Amor bonito, libertad y vanguardia!!!

ANA GÓMEZ



Sobrevivientes por no haber gritado

Parece un mal sueño, un recuerdo lejano que se hace vigente cada tanto, una experiencia que se ha repetido cíclica y sistemáticamente desde hace más de veintiocho años.

Tenía 8 años recientemente cumplidos. Una mañana de sábado, como todas las mañanas de todos los sábados, mi abuela me envió a traer el pan para el desayuno. Ese día no me permitieron ir en bici porque “era peligroso”, así que decidí hacer el mandado en otra panadería cercana a mi casa.

Cuando llegué a la panadería, justo en frente un hombre extraño en una bicicleta se me acercó y me preguntó cómo llegar desde ahí al Colegio Santa Isabel de Hungría; como era el colegio donde yo estudiaba, me acerqué un poco y le di las indicaciones y entré al establecimiento a comprar el pan; cuando salí de la panadería el tipo me estaba esperando con la excusa de no haber entendido bien las instrucciones por lo que nuevamente me acerqué y con un poco más de calma, tratando de asegurarme que ésta vez la orientación fuera más clara, le ayudé al pobre señor tan confundido... Confundida yo, tan confusa fue la situación que de repente me acercó hacia él y mirándome fijamente me amenazó diciéndome que si gritaba me mataba, también empujó mi cabeza para que viera hacia abajo cómo se masturbaba mientras miraba mi carita asustada.

Recuerdo entre flashbacks sus palabras asquerosas, su expresión de satisfacción al notar mi temor y angustia. No siendo suficiente estiró su mano hacia mi vagina, pero no me alcanzó, estaba tan aterrada que sin saber cómo, mis piernas tomaron la decisión de correr, tuve mucho miedo, pero guardé silencio, no fui capaz de gritar, de pedir ayuda, de emitir sonido alguno, no sabía qué hacer en esa situación, apreté tan fuerte la bolsa que el pan quedó hecho pedazos, llegué a mi casa, entregué el mandado y rompí

a llorar inconsolablemente, sentía odio, me sentía una niña indigna, sucia, no entendía lo que acababa de pasar pero quería morir.

Pasé mucho tiempo encerrada en mi cuarto sumida en ese estado, mi abuela muy angustiada no paraba de insistirme para que le dijera lo que pasaba pero yo no me animaba a decírselo; sentía tanta vergüenza, no podía ni mirar mi reflejo en un espejo sin odiarme y sentirme asquerosa. Cuando le pude contar, ella me abrazó y solo dijo “gracias a Dios que no le pasó nada malo”. Tiempo después, ya más grandecita y durante toda mi vida he seguido enfrentando episodios similares, no sólo de extraños, también de compañeros, de conocidos.

Sin darme cuenta, a la par que fui creciendo, la cotidianidad de estas situaciones también las convirtió en algo común, por lo cual siempre mi reacción era estar agradecida con Dios porque no me pasaba “algo malo”. Por mucho tiempo asumí la responsabilidad como si fuera mi culpa, por ser niña, por haber nacido mujer, siempre me culpé y lo viví bajo la filosofía de dejarlo pasar, al fin y al cabo, no se puede cambiar.

Hoy, gracias a la vida, al ejercicio de conciencia y a las muchas mujeres con las que he intercambiado testimonios similares, comprendo que si mis piernas, en medio de la angustia no hubieran empezado a correr aquella vez, seguramente formaría parte de las estadísticas de todas las niñas violadas.

Tal vez lo ocurrido con Yuliana Samboni sacó a flote la indignación acumulada durante años al sentirme violentada, al dolor adormecido de mi niña interior; lastimosamente esa no fue la primera vez y probablemente aún no he vivido la última.

Es por esto que cada vez que conozco de un caso de violencia sexual grita dentro de mí esa niña que necesitaba crecer sintiéndose segura, como quiero que se sienta mi hija menor, como no lo logré para mi hija mayor.

Pasaron años y momentos muy difíciles, pero hoy ya no tengo rabia conmigo, lo que siento es una mezcla de tristeza, ira, indignación, impotencia y tengo que llorar para dejar salir el odio y el rencor que se sienten al escuchar los horrores que tenemos que enfrentar como niñas, como mujeres.

Leyendo el testimonio de otra mujer luchadora y querida en el que una compañera le dijo (respecto al caso de Yuliana): “somos sobrevivientes por no haber gritado”, debo decir, yo también me sentí ridícula por tener miedo de morir aquel o tantos otros días, yo también pude ser

raptada, también pude ser torturada, también pude haber sido asfixiada hasta quedar inconsciente. Qué triste entender que si hubiera gritado podría haber sido asesinada.

No es una experiencia extraña: es mía, la de muchas, muchísimas mujeres, la de Yuliana; el tipo que me agredió aquella vez, no es muy diferente del que arremetió contra este angelito que hoy se ha convertido en bandera de estos casos en los que, como dice Antonia, mi hija de 6 años: “hoy ya no está”.

El asunto es que tras tanta indignación y juicio por el sacudón que nos provoca, más allá del justo castigo y la suerte que debe correr Rafael Uribe Noguera, siguen existiendo triste y angustiosamente los millones de niñas que crecen día a día viviendo esta clase de experiencias, desarrollándose en un sistema social que sigue educándonos para habituarnos (como yo) a la agresión sexual.

Por esto mismo, al ver a mi hija menor dormir con toda tranquilidad, al ver a mi hija mayor madurando como mujer y como humana, a mis amigas preciosas y amadas y, pensando en cada mujer que la vida me ha permitido conocer, me muevo con furor y preciso acciones dentro de mis posibilidades con el profundo anhelo de que un día esa infancia sagrada sea imperturbable, que las niñas, las mujeres, podamos transitar y habitar nuestro espacio en el mundo sin miedo, sin angustia ni incertidumbre, sin sentir vergüenza por algo de lo que no somos culpables.



Viceversa

Siento tu mirada sobre mi cuerpo desnudo
tus álgidos gemidos que me arrullan cada instante
apasionada compañera invisible, invivible, insoportable.

Indecisa y traviesa me asechas todo el tiempo
quebras mi fortaleza mofándote de mi alma
te alegras desde lejos porque piensas que me tienes.

Han pasado eternidades, siglos y segundos
confiada en el temor que producen tus abrazos
entreteniéndote a los mortales que intentan evadirte.

Lágrimas como caudales en absurdos tiempos de sequía
trivialidades que alimentan las miserias de esta gente
abanicando con liviandad sus espíritus conformes.

Con tu mueca mórbida de poderoso dominio
emboscas a los perdidos que no hallan su sentido
los abrumas y confundes con tus membranosos deseos.

Yo en cambio no te huía, simplemente te entretuve
sin mirar logré contemplarte todo el tiempo
calladamente disipada entre los demás caídos.

Sé que no soportas que te desconozca
escucho tu agitado aliento cuando crees que te ignoro
veo tu angustia y me complazco calladamente entre mis tumbas.

Sucumbes aguerrida y me agarras por la espalda
te aferras a mi carne intentando desgarrarme
entierras tu desgracia en mi ánimo afligido y gris.

Tormentas solitarias de lamentos indecibles
abundancia de desdicha, vanidad somera
error de tu estrategia desesperada y predecible.

Jugadora de tu juego, leyente de tu obra
esperaba ansiosamente tu cruel y bárbara embestida
demandando mi tristeza para alimentarte y descansar.

Ahora tú me necesitas, por eso vienes a buscarme
ya no me escondo, ya no conspiro contra ti
te enredo en mi jadeo hasta que necesites extrañarme otra vez.





Bogotana, de once años de edad, de los cuales hace aproximadamente cinco vive en El Verjón de Teusacá (Zona de Reserva Forestal Protectora de los Cerros orientales).

Actualmente es la líder ambiental de sexto grado del colegio de la vereda y representa a la institución ante todas las entidades distritales y nacionales, siendo la cabildante más joven de Bogotá.

Antonia se destaca por su participación activa en temas de importancia para su territorio incluyendo asambleas territoriales, reuniones con distintas entidades como la Secretaría de Cultura, Secretaría de Educación, Secretaría de la Mujer, Consejo de Bogotá, Defensoría del Pueblo, Veeduría, Personería, Alcaldías Locales de Santa Fe y Chapinero, personas de su comunidad, así como en proyectos ambientales, bienestar animal, infancia y mujeres.

Ha hecho parte de diversos procesos formativos en varias disciplinas artísticas. También participa en clubes de lectura en diferentes lugares de Bogotá. Participa en el trabajo de la huerta de su familia, acompaña como artista-guía algunos recorridos de arte y naturaleza en su territorio, también escribe cuentos resaltando siempre la importancia de la naturaleza y la memoria ancestral y campesina.

Espera convertirse en una actriz de gran influencia y acción social, también en veterinaria de rescate; por esto investiga mucho sobre historia, política y animales del mundo.

ANTONIA GÓMEZ (ANTONIA OSPINA GÓMEZ)





La mamá osa

Había una vez, en un páramo muy lejano, una mamá osa llamada Ofelia que cargaba a sus bebés. Ofelia se había tenido que ir de su hogar porque los humanos estaban talando muchos árboles y los querían cazar. Caminaron veinte días y veinte noches hasta que por fin llegaron a un hermoso lugar llamado El Verjón. Los oseznos llamados Trisito y Pastel estaban felices jugando y corriendo por todo lado.

Un día Ofelia salió a buscar comida, pero una cámara la grabó. Ofelia no se dio cuenta y siguió caminando. Al otro día las personas que vivían allí se dieron cuenta y avisaron a toda la vereda.

Los animalistas y rescatistas dijeron que era un milagro ya que por el territorio no había osos, en cambio, otras personas la querían cazar como trofeo o porque temían que se comiera las vacas. Los animalistas decidieron llamar a la CAR para saber qué hacer, pero mientras sucedía todo esto, un grupo de cazadores estaba buscando a Ofelia, Trisito y Pastel.

Al cabo de unas horas los cazadores los encontraron, ya estaban apuntando a Ofelia cuando vieron a Trisito y a Pastel jugando. Los cazadores se quedaron viéndolos jugar por unos minutos, quedaron enternecidos y decidieron no matarlos.

Así fue como Ofelia, Trisito y Pastel se quedaron en El Verjón. Se dice que ella es la que nos cuida y que es un espíritu protector. ¡Si algún día la llegas a ver, no le hagas daño y verás que te protegerá!





La vida del bosque después del coronavirus

Dedicado a la Memoria de Don Juanito Orjuela, campesino nativo del Verjón de Teusacá (Verjón Alto), memoria y semilla de este territorio.

Cierta día antes de mayo del 2020, recorría la “curva misteriosa” (le llamaba así porque cada vez que mi mamá y mi papá caminaban por ahí los viernes de fiesta, misteriosamente perdían la memoria y no recordaban nada de lo que pasaba durante un buen rato). Encontré a un viejito de ojos dulces llamado Don Juanito, sentado en el tronco de un árbol caído con la mirada perdida hacia el horizonte.

Cuando lo iba a saludar, puso el dedo índice en su boca en señal de silencio y con la otra mano me señaló la rama de un arbusto de uva camaroná: a lo lejos, con gran dificultad pude ver un pajarito muy pequeñito que tenía plumas debajo de su pico que era muy puntudo. Esas plumitas formaban una especie de barba blanca.

Don Juanito me preguntó:

—Niña, ¿sí lo ve?

—Sí lo veo —y muy despacito me senté en el tronco del árbol caído junto a don Juanito.

Entonces él me contó que ese pajarito era un colibrí muy especial porque solo vivía en estos territorios altos y que no tenía colores vistosos porque necesitaba esconderse de los humanos ya que era un personaje muy importante, una eminencia en el mundo de las aves. La gente lo había bautizado “chivito de los páramos” precisamente por esas plumitas que tenía debajo del piquito que les parecía la barba de un chivo.

Don Juanito también me contó que cuando era niño había aprendido el idioma de los animales del bosque paramuno y por eso sabía todo eso, me dijo que a medida que fue creciendo se le fue olvidando que durante su vida adulta eso ya no le importaba, pero, con los ojos vidriosos y una



sonrisa me dijo que ahora, que estaba viejito y con el aire difícil, otra vez lo había recordado.

Con su voz ronca por la tos que tienen todos los viejitos de por aquí y un tono melancólico, me contó que esa semana pasada, se habían reunido los animales del bosque alto andino. Convocaba el chivito de los páramos y a su llamada acudieron el cusumbo, una pareja de comadreas y toda una familia de chuchas. Sobre las ramas de un aliso estaba una pava andina y una zenaida; arriba sobre los riscos, sobrevolaba un gavián andino y en contrapunto, un águila paramuna. Dentro de un tronco hueco, medio asomados, apenas si se podían distinguir un autillo orejiblanco, un cárabo patiblanco y un cuarteto de mochuelos.

En los arbustos de mora silvestre, sin querer queriendo, se encontraron todos los primos colibríes: el verdemar, el orejivioleta, el rutilante, el inca de Bogotá, el calzadito reluciente y como no, quien presidía esa reunión, el chivito de los páramos.

A su lado izquierdo nada más y nada menos que su eminencia el oso de anteojos con sus amigos las especies en peligro: el mono churuco, el tucán de montaña, un tigrillo, un zorro, tres borugas cómodamente sentadas en orden de estatura y detrás de ellos, el venado gris.

Todos los asistentes estaban muy inquietos preguntándose el uno al otro cuál sería el motivo de dicha reunión, susurraban entre ellos ¿qué estaría pasando para que luego de un siglo y medio, se volvieran a reunir?

—La razón de nuestro encuentro es muy sencilla: en los últimos días ya no hemos visto humanos —dijo el chivito de los páramos, a lo cual todos asintieron.

—¡Es verdad! —respondió un carpintero que venía tan deprisa que no se percató de la ardilla colorada que estaba justo delante de él y la chocó.

Todos empezaron a confirmar esta noticia y muy inquietos se pusieron de acuerdo para investigar cuál sería la causa de tan repentino suceso.

Lo bueno había sido que volvieron a salir de sus escondites, muchos de ellos dieron cría y multiplicaron su especie, otros recuperaron la confianza de volver a sus lugares y poco a poco, desde lejos, se contemplaba un desfile de hermosura y esplendor.

Una familia de coloridos pinchadores apareció volando desde el otro lado del Teusacá y susurraron al oído del chivito de los páramos.

—Cof, cof, cof —tosió el pajarito—. Necesito de su atención y su permiso pues esta familia de pinchadores ha traído un invitado... Es un niño humano llamado Ata, que traducido al español es “uno”. Este niño usa las lenguas antiguas, aquellas lenguas originarias que hablaban los visitantes muyscas. Esos que honraban el agua y eran nuestros amigos.

Los animales se tomaron un par de minutos para considerarlo y decidir. Al final, todos autorizaron la participación del pequeño Ata quien explicó lo que estaba sucediendo con su especie.

Les contó que desde muy lejos, desde el otro lado del mundo mismo, un organismo llamado CORONAVIRUS estaba matando a los humanos, que esta entidad era un hijo de la oscuridad, debilitaba y enfermaba a la humanidad desde adentro y que ahora, la principal especie en vía de extinción eran hombres y mujeres, de todas las edades, razas y culturas, de todos los continentes y países, que ahora ni siquiera podían establecer contacto entre ellos. Respirar el mismo aire de otro humano era un peligro y que los gobernantes, cada uno a su manera, buscaba la forma de proteger a sus pueblos. El dios dinero, el dios que rige el reino humano ahora les da la espalda y, parece que Pachita, nuestra madre Tierra, agotada por el abuso y el dolor, ha permitido esta situación.

Muy asombrados por lo compartido por Ata, se reunieron por comisiones, cada uno según su especie y capacidad a debatir, a discutir y a opinar sobre el tema. Al final, a pesar de todo el daño y los horrores que hemos cometido a lo largo de la historia de la humanidad, quisieron ayudar a los hombres y mujeres, así que los pájaros empezaron a volar más cerca de las casas humanas y cantar más fuerte, los mamíferos de mayor tamaño y los felinos ahora desfilaban por las carreteras en señal de reconciliación y cada uno decidió hacer una parte para traer alegría y esperanza a la especie en peligro.

Cuando los humanos vieron y escucharon estas maravillas, reconocieron con dolor del corazón sus errores del pasado, pidieron a Pachita y a sus demás hijos perdón, derramaron lágrimas de alegría que cuando se juntaron, llenaron otra vez los ríos y quebradas que en tiempos anteriores ellos mismos habían secado. Volvieron a las prácticas antiguas y a honrar la memoria de sus ancestros cuidando el agua, a sembrar y a cuidar lo que

aún quedaba. Los nuevos humanos recuperaron su capacidad de comunicación con los animales y restauraron el orden divino y natural.

CORONAVIRUS aún acecha a los humanos, Pachita dice que es necesario para que no olviden el camino que han tenido que recoger, alguna parte de la humanidad aún espera que la solución venga desde laboratorios y sustancias para volver a su vida “normal”, otra en cambio, aunque espera con ansias que las vacunas funcionen y que el virus sea controlado, mira hacia el cielo, agradece la oportunidad de existir y ver ahora las maravillas que antes solo conocía por viejos relatos, sabe que la oportunidad de resarcir el mal causado durante siglos se debe al perdón y ayuda de los animales del bosque. Desde entonces, el antes dios dinero, ahora es un simple servidor y se utiliza para favorecer a todas las comunidades de animales humanos y no humanos, plantas y a toda forma de vida.





Soy Malena. Desde pequeña he amado la naturaleza, los seres vivos, el sol, las nubes y las estrellas. A mí parecer todavía estoy chiquita, así que espero poder conocer muchísimo más del territorio y del mundo que me rodea, tan grandote y lleno de cosas bellas como las que habitan El Verjón

MALENA



El final del día

Un rayo de luz se asoma tras la montaña. Es un rayo de sol leve, y es aquella luz que ya no tiene el poder de iluminar realmente, sino que solo está ahí, anunciando la hora en la que los niños lloran y los pájaros dan sus últimos cantos, donde el cielo todavía no es negro, pero sí oscuro. Este pedacito de sol cae todavía sobre algunas cosas. Se ve reflejado en una gota de rocío sobre la hoja de un borrachero, en el ala de una libélula, y así mismo, en el horizonte dibuja una delgada línea naranja que podría confundirse con un mar de fuego a la distancia.

El silencio parece aumentar a esta hora del día y, si se escucha, se perciben los movimientos de las aves, sea posándose en una rama buscando frutos para alimentarse, o entonando su canto, buscando a otras de su misma especie. También, dependiendo en donde se esté, se escucha el sonido del motor de uno que otro carro pasando, o el revoloteo de un insecto chocando contra la ventana. Se debe estar atento.

La luz restante no demorará más de diez minutos en desvanecerse por completo. No importa si aquel día se fue productivo o perezoso, el tiempo ya no esperará más, es un día que terminó, y la oscuridad del cielo habitará con sus estrellas y nubes espesas. Pero las luces ahora nacen en otros sitios, provenientes de las lámparas en las mesas de noche, en un celular encendido, o en las ventanas de casas vecinas.

Mañana, puede que haya otro atardecer, o no.





Como viviente, con ganas de conocer cada día un poquito de este lugar que nos sustenta. Como escritora, apenas intentando hacer que los espacios sean propios, que los tiempos no solo sean los robados, que el masculino resplandor de las luces de la ciudad no invisibilice el brillo de las estrellas, femeninos soles de este mundo.

Y así, junto a La Hija, El Compañero, y La Madre, a quienes amo y admiro tanto, voy también con las hermanas y hermanos, con las amigas y amigos, con los otros seres de especies distintas que, hermanados, van conformando la familia y los amados, para acercarme un poquito a las montañas, las nubes, las estrellas, ríos, árboles y bichitos, en medio de la labor de sembradora, cuidadora, panadera, soñadora, fermentera y estudiante.

MARCELA



Cuerpo en tierra

Había andado durante muchas horas en el carro, sin parar, y había estado moviéndose, y veía las cosas del camino pasar, pero el mundo había sido ella en su carro. Lo demás, pasaba... pasaba un instante ante los ojos y quedaba atrás, eran escenarios, utilería, porque el mundo real, el que era constante y con ella, se circunscribía al espacio de su carro. Cuando al bajarse sintió, bajo su pie, una superficie que no entendía si sólida o blanda, que se extendía hasta las montañas en el horizonte, imaginó una onda que se originaba por ese primer contacto del pie con el suelo y que se esparcía por toda la Tierra; luego sintió que le empujaban los pasos desde abajo, y al ver una pendiente en frente no resistió y se echó a rodar cuesta abajo para que el resto del cuerpo sintiera también todo aquello que produjo el pie en la tierra.

Fue vertiginoso, vértigo de sensaciones sucediendo simultánea... sucesiva... mezcladamente... y con la perspectiva girando, girando: se resistió siempre a cerrar los ojos; y pasaron en el cuerpo muchos dolores, junto a muchos olores, eso le gustó, y lidió con el miedo, se soltó un poquito... imaginaba que llegaría a un río, caería en él... pero, de pronto, la detuvo un árbol, respiró y sintió que algo la había agarrado, constató que estaba enredada en un bejuco, y pensó que, de nuevo, había estado entre un carro, más pequeño, más blando, más vulnerable.

El vértigo, el miedo, el placer de hacía pocos instante aún hormigueaban en su cuerpo, pero temía que se hicieran de nuevo datos, como en el tablero de control del carro en el que se había movido tanto tiempo, y que se instalaran en una memoria que revisitaría varias veces antes de dejarla en el olvido... no quiso que fuera así, escuchó rumor de aguas, se desenredó gentilmente del bejuco, puso su mejilla un ratito sobre el tronco del árbol que la detuvo, como en un abrazo, y echó a correr hasta el río, para estar,

allí, en el agua, para estar en el viento, para estar en el pájaro, para estar en las nubes, para estar en las hojas cayendo, para estar en un lugar, para estar —en ese su carro a la medida, su carro ajustado como un traje interestelar— en el mundo.

Tras unos días, levantó una ramadita, quería vivir: vivir en un lugar, y vio que allí, en ese lugar, lo vital era Lo Vital: era donde aquello a que llamaba “vital” lo llamaba así porque mantenía la vida: respirar, alimentar, proteger. Allí, ahora, le pertenecía al mundo, a la tierra, y lo que hacía era para crear aire, agua y alimento, o tal vez, solo interponerse menos en ese flujo de la vida. Allí, ahora, incluso el peligro, el dolor, le hacían visible ese hilito que juntaba la vida con la muerte... por un instante no más, porque luego le volvía a doler el dolor como si fuera una cosa aislada de todo. No importaba: a veces veía el hilito, eso era algo bello, y también bello ver los hilitos de la vida con la vida, de la vida del pájaro con la vida del árbol, o con la vida de su cuerpo. El cuerpo entero —ese que ahora era más bien un traje interestelar, fuera del abismo interno de la mente, fuera del carro en el que antes se movía— se ponía, cada vez más tiempo, en el lugar con todo lo demás; entonces, tal vez, ella era un poco más lugar que tiempo, y estaba allí, afuera (del abismo interno, que era puro tiempo) con cada ser que sube, con cada ser que vuela, con cada ser que está, con cada ser que baja, con cada ser que rept, con cada ser que corre, con cada ser que flota, con cada ser que nada... Y con todo ese movimiento llegaba también a ser tiempo, sin dejar de ser lugar.

Todavía le da vértigo a veces, cuando se pone afuera, afuera, cuando los sentidos parecen salir de su traje interestelar para ponerla muy puestecita, desnuda, en el lugar, o en algún ser que está allí, siente entonces que se bota del carro andando, le brinca el estómago y siente, al principio, náuseas, pero va aprendiendo a no reacomodarse —inmediatamente y de un brinco, como cuando una se está cayendo— en la cojinería blanda y gastada de su “traje/carrito”.





Ángela Pérez Vera nació en Sogamoso, Boyacá. Abogada. Fue asesora en organizaciones relacionadas con comunidades indígenas y campesinas. Creó Fundaciones dedicadas a la defensa de los recursos naturales y comunidades indígenas, denominadas Dionicia Vera de Pérez, Poco a Poco, POAPO y ZIO-A'Í Unión de Sabiduría. Incursionó por más de veinte años en publicaciones de investigación de corte sociológico y jurídico que fueron editadas por el Banco Mundial, Fundación ZIO-A'Í y Gabriel Francisco Cerón Cala.

Es maestra en creación literaria de la Universidad Central en Bogotá. Su primera obra literaria es *Entre la Bruma y la Selva*. Su pasión por la literatura se mantiene como en su juventud y desde hace diez años se dedica a la lectura, escritura y a los viajes. Hoy goza de una cabaña rodeada de jardines y montañas. Siente en sus silencios el sonido de la quebrada Santos, la lluvia, la mañana soleada y fría. El amanecer de los gallos y el fuego de la chimenea que la calienta. Realiza caminatas que le permiten llegar a sus vecinos y compartir con ellos el diario vivir con una buena taza de café. Su fiel compañero es su hijo y con él han aprendido a valorar el lugar donde viven desde hace veintiocho años. Le gusta la gente sencilla y auténtica, le encanta apoyar las iniciativas descabelladas e imposibles.

ÁNGELA PÉREZ



La casa del Verjón Bajo

Llegue al Verjón Bajo en el año de 1989. La vereda cumplía con mis expectativas para tener un lugar propio cerca de Bogotá, gozar de la naturaleza y el silencio que me llevara algún día a escribir mis memorias. Era una oportunidad (me había ganado un préstamo de vivienda donde trabajaba por ese entonces y tenía que invertirlo inmediatamente). Era ahora o nunca. Quería comenzar otra vida fuera de Bogotá. El Verjón Bajo se encuentra entre las montañas de Monserrate, cerca al lugar por donde transitaban las gentes que iban de peregrinaje. Para llegar a este lugar se debe tomar la vía que lleva al Municipio de la Calera. Después conocí otra entrada por la carretera que va al Municipio de Choachí, en el kilómetro 11.

El Verjón Bajo es una vereda que hace parte de la zona rural de Bogotá, propiamente de la Alcaldía Menor de Chapinero. Una vez se sale de la ciudad, se comienza a subir hasta llegar al peaje de patios, luego, a pocos metros encontramos “Santiamén”, la primera panadería de propiedad de la familia de Alfredo Molano, sitio visible e identificable, y queda justo en el cruce que va desde la vía central hasta la vereda. Se encuentran ramificaciones y carretables destapados que llevan a otras veredas del municipio de la Calera y que comenzaron la construcción hace mucho tiempo.

Eran unos siete kilómetros desde la vía central para llegar hasta pocos kilómetros de Monserrate, por una trocha de tierra y cascajo, de difícil acceso y en donde solo pasaba de vez en cuando unos cuantos carros, y cuando llovía se convertía en un verdadero lodazal. Teníamos que ayudarnos unos a otros para jalar y sacar el carro de cunetas y de potreros. Por el camino se encuentra el río Teusacá, cerca de su nacedero en la laguna que lleva su mismo nombre. También encontramos la Quebrada Santos, esta se descuelga de la montaña de Monserrate y se mete por entre el cañón

que conforman las dos lomas, sus aguas recorren buena parte de la vereda y surte a las familias. Al final se perdía el camino y se llegaba a otro, más angosto hasta Monserrate. Era de herradura, como un sendero mágico por lo antiguo y su perfecta confección. Estaba hecho de piedra sobre piedra por los antiguos indígenas Muisca. Dicen los historiadores que se relaciona con otros caminos incaicos por donde transitaban a sus sitios sagrados que se conectaban con otros que llegaban a las lagunas sagradas como lo es la de Teusacá. Con el tiempo, ese mismo camino fue aprovechado por los niños de la vereda para llegar hasta el internado que se encontraba en el propio monasterio de Monserrate. Era la única escuela de la época para que más de trescientos niños y niñas estudiaran. Llegaban incluso de otras zonas aledañas. Este centro educativo era regido por sacerdotes y religiosas, y su principal misión era fomentar y cultivar a los niños y niñas a las costumbres religiosas de la época, como la misa a primera hora del día y el rosario al final de la tarde. Fueron tres generaciones las que pasaron por este internado y sirvió para mejorar las condiciones de vida a través de la formación en oficios como la carpintería, la costura, lavandería, cocina, organización del trabajo y el manejo del hogar; estos oficios significaron oportunidades laborales futuras. Aquí no se necesita traer gente para que haga estos oficios, son calificados y en la actualidad son bien remunerados y respetados.

La región está a más de tres mil cien metros de altura sobre el nivel del mar. El frío es intenso y seco que penetra por los huesos hasta entumecer. La neblina espesa recorre las montañas y se confunde por entre las nubes. En esa época la región era agreste, desabrigada y solo explorada por sus pobladores. Había pocas casas siendo un lugar casi desconocido por los Bogotanos. El paisaje lucía riscos y rocas desnudas que seguramente se formaron de un glaciar cuando el mar inundaba estas tierras y se desprendieron de rocas madres y se fueron moviendo debido al agua y el hielo. Es como un depósito que quedó de la erosión. El bosque era escaso, manchas de vegetación atrás de Monserrate y en algunos puntos específicos. Los árboles que se sembraron eran especies traídas de Canadá y que vienen siendo reemplazados por especies nativas de los páramos para ayudar a su mantenimiento y vocación. Pastaban semovientes y la tierra era cultivada por los campesinos, sembraban papa y habas entre la arveja. Los pastos parecían espartales, secos, las flores se daban silvestres por las

laderas, había frailejones de distintas especies y las campanitas rosadas, moradas y blancas brotaban con el diente de león amarillo, también las bromelias, los distintos arbustos del páramo; árboles enanos, y a sus pies los musgos y líquenes se tejían como tapetes.

Al llegar la sensación era de una estepa solitaria, solo se movía el viento frío y la lluvia al caer. Las pocas viviendas estaban a kilómetros entre una y otra y la más cerca de mi terreno era la de tres hermanas que reclamaban su propiedad por un pleito jurídico entre familias y abogados. Estaban don Carlos Campo y doña Carlota García. Doña Joaquina y Rosita. Cada una con predio determinado. Era tanto su amor por esta tierra que era usual verlos subiendo a pie caminando desde la vía central, con el mercado a sus espaldas. Tenían un ranchito contiguo a mi casa y en sus laderas cultivaban la tierra, con tanto celo y esmero que me animaron a los pocos años a sembrar papita y hortalizas. Mi terreno estaba rodeado del resto de la familia García, fueron los dueños de estas tierras, de las dos lomas cercanas, fueron nativos y parientes de las tres hermanas y de otros primos y allegados. Era una familia numerosa, los mayores habían fallecido casi todos. Aún vive doña Chiquinquirá, era viuda y la acompañaban sus hijos menores: Abel, Isidro, Jaime, María Gladys y luego conocí a José, Leónidas y Lucila. Doña Carmen, otra prima, quien también vivía cerca, pero en la parte alta de la loma con sus hijas Olga y Marta, ambas con sus hijos pequeños; después conocería a Anastasio y Alicia. Las mujeres se distinguían por el trabajo que realizaban con la tierra, la mejor era cultivada por ellas. Fueron las emprendedoras más aguerridas para abrir la montaña arriba caminando y con mulas para llevar productos elaborados por ellas mismas y vendidos en los primeros puestos que hubo en Monserrate.

Por la misma zona y antes de encontrar el camino empedrado vivía don Rafael Fonseca, apodado Capirulo, con su esposa Lucía Copete, tuvieron un jardín de niños, que recuerde estaba: Alex, Cristina, Consuelo, los mellizos y después nacieron otros tantos bebés. Él cuidaba una finca en donde se había hecho el bosque más grande y tenía una casa colonial y otra de madera que era en donde vivía la familia del encargado. Como la historia de Hansel y Gretel, escondida entre el bosque. Este rincón también tenía la vecindad con la hacienda Santa Barbara, lugar para cuidar y encordar los toros de lidia del capitán Barbero. Este lugar abrigaba el

trabajo arduo y difícil de la tierra y la supervivencia de los campesinos, y que luego se ha venido vendiendo para dar entrada a nuevos propietarios.

En mi pequeño terreno aún vivía doña Águeda, también de la familia García. Marta su nieta y dos niños más. Lo que más me impresionaba era la falta de comodidades, sus casas eran ranchos de bareque (torneadas las paredes con barro y muñiga), los techos estaban contruidos con palos y ramas de los árboles y algunas tejas de Zinc. El piso era de tierra y la cocina era sostenida por piedras y alimentada de leña. Las divisiones entre las habitaciones eran de la misma madera de las paredes, sin puerta, y la puerta principal era como las elaboradas para cerrar los gallineros. El agua la tomaban de la quebrada o de nacederos cerca que usaban y protegían celosamente. No tenían baños y sus labores domésticas las realizaban muy precariamente. Me enternecían los niños y las abuelas con sus vestidos gastados y sucios por el trabajo con la tierra. El viento y el frío entraban en sus casas por todas partes sin permiso. Era como vivir en la época de las cavernas. Ellas se arribaban al fogón para cocinar y calentarse, y deliciosamente yo disfrutaba de las mejores aromáticas hechas con las yerbas que cultivaban cerca a la casa. Con el tiempo las cosas fueron mejorando para todos. Se hicieron viviendas y se mejoraron sus vidas. Ya los muchachos se volvieron hombres y las niñas mujeres. Se emplearon y muy pocos estudiaron, ahora tienen sus hijos y sus propias casas.

Bajando de este rinconcito humano de campesinos, encontré a otros vecinos: a don Efraín Torres y su familia. De manos de él nacieron las mejores flores del jardín. Vivía con doña Susana y sus hijos Hernando, Rosita y Blanca. Ellos ya tenían sus familias constituidas, pero vivían con ellos o cerca. Los niños crecieron, recuerdo a Sergio, José, Lina, Iván y María. Ellos se criaron con mis hijos, el propio y los adoptivos. Fuimos una familia de allegados, empleados y amigos, se celebraban las navidades y los cumpleaños. Don Ochoa, un paisa buena gente que construyó su casa cerca a la de don Efraín, Don Leopoldo que era pionero de la vereda y el hombre más sencillo y colaborador. Los del condominio el Rincón de la Calera, eran unas cinco o seis casas y dos de ellas vivían el doctor Silvio y su esposa, Marta Moreno y su familia. Después se construyeron casas modernas. El Doctor Oscar Alarcón, “El Notario” Don Fernando Dueñas, su esposa Gisella y sus hijos. Rafael Eslava y su esposa Diana. Juan Pablo y Johana, y tantos otros que ya son parte de una nueva época.

La construcción de mi casa se tomó varios años. Había escogido la parte alta para huir de una falla geológica y este pequeño detalle exigió mayor esfuerzo físico y financiero. Primero, la construcción de una pequeña bodega que sirviera también de vivienda para los obreros. Segundo, construir un puente sobre la quebrada Santos y reponerme de un ladrón, aventurero y vivo constructor de puentes de madera que de la noche a la mañana huyó llevándose lo que encontró a su alcance y sin terminar la obra. Luego se hizo, pero metálico y de madera. Luego mi maestro de obra se robó a la nietica de doña Águeda con su niño y fue buscado como desaparecido por su propia mujer. Esto hizo que la fiscalía me investigara por haber sido la última en contratar sus servicios.

Alcanzar los cien metros para llegar hasta la casa y sin camino para no dañar la vegetación de la montaña. Hubo que llevar a cuestas y en mula los materiales y fueron los García los primeros obreros y quienes solucionaban en mi ausencia todo. La casa luego de tener el primer piso en ladrillo cocido se montó la estructura en madera para que fuera acorde con el paisaje de la montaña. Tuve que vender el carro y algunos enseres para acabar la casa y luego llegar con un bebé recién nacido a pasar las noches sin luz porque el servicio era en suma deficiente. No teníamos comunicación alguna, solo un radioteléfono que nos conectaba a algunos vecinos con una central que quedaba cerca a Santiamén. Hasta media noche me concentraba en vencer el frío con una chimenea que a duras penas lograba prender y mantener. Al principio mi padre no quiso volver, no quiso compartir la locura que me había traído hasta acá y mis amigos me decían que cuando se despedían se iban con el corazón partido, los ojos aguados por vernos tan frágiles con mi bebé en brazos y una luna llena que perseguía y vigilaba como llamando la soledad y el frío.

He visto en estos años cómo llegó el arreglo de las vías, el celular, el internet, nuevos vecinos, gente extraña rompiendo la armonía de la montaña, hasta instituciones protectoras del medio ambiente. Los neorrurales, los protectores y defensores de la vida y de los animales. Los proyectos de la alcaldía. Un colegio para que los niños siguieran su secundaria pero que queda en un lugar alejado de los niños de la vereda, y sirve para los niños de la ciudad y de zonas marginadas. Estamos en zona declarada como reserva forestal y ya vienen los planes de manejo y la normalización de las viviendas. No sabemos qué pueda pasar en el futuro. Es posible

que los extraterrestres se declaren dueños y este paraíso quede como zona exclusiva de desconocidos.

Vino y se fue la familia, los amigos, los conocidos, y los vecinos se esconden en su madriguera. Aprenden a vivir como yo lo he hecho, aprovechando cada minuto de sol, el vibrar del canto de los pájaros, el silencio en las noches. A matar la soledad con cada flor que florece, con el árbol que fue sembrado pequeñito y que una mañana lo encuentro grande. Existen muchos tesoros en estas montañas, los recuerdos que no se pueden ir sin mi permiso. Escribo mis memorias. Así como lo soñé hace treinta y dos años, en medio de intenso frío, lluvia y veranos que secaron hasta la quebrada. La casa duerme en cada libro que fue leído, en cada película que se recuerda. Ya estoy mayor y no tengo nada de qué arrepentirme.

La chimenea arde vigorosa, como nunca.





Ingrid Obando disfruta de estar rodeada de naturaleza, le gusta explorar acerca de las plantas y el alimento sano, la observación de aves y todo lo que le apunte a la educación ambiental. Ha disfrutado habitar la montaña como el mejor regalo que se ha dado desde la autogestión, pues en este territorio ha disfrutado de experiencias de observación y contemplación muy profundas y encuentra en la escritura algo terapéutico que le permite expresar lo que con amor recuerda y guarda en su corazón.

INGRID OBANDO



Rodamonte

Rodamonte me suena como a “rodar por el monte”, eso que tanto disfruto cuando me doy a la fuga de lo cotidiano y me dedico a jugar todo el día; a ratos duermo, a ratos como, camino por el monte, exploro posibles cuevas de comadrejas o musarañas, me dejo llevar placentera por la helada y fresca agua de pozos cristalinos y quebradas que hacen de esta vereda El Verjón una cuna de aventuras para quienes aposentamos en el sueño de la montaña.

Rondan historias entre vecin@s que cuentan que sus abuel@s les han contado que a Rodamonte se le ha considerado como guardián del bosque, que atesoraba en el verdor de sus hojas el gran brillo de las esmeraldas. Su intenso color verde oscuro y brillante cubre con frescas alfombras el suelo cuando está regando sus jóvenes ramas, pero fuerte viejo y guardián se le ve bien plantado por toda la quebrada y el monte.

En la ronda de la quebrada Farías vivo, tod@s l@s vecin@s aseguran ser mis am@s, mis dueñ@s, o haberme adoptado desde que yo era una pequeña cachorrita. Soy Beia. No sé cómo llegué aquí. Los últimos lugares que recuerdo haber recorrido tenían otros olores, mucha gente, carros, motos, bicicletas, era ruidoso. Soy como tant@s perrit@s que nos han encontrado en carreteras o basureros, despidad@s, desorientad@s, sin saber un destino.

Soy una perrita al parecer resultado de un cruce entre crioll@ y *Pitbull* porque mi cuerpo es pequeño, mi pelo liso, mis codos salidos a los lados y tengo unas manchas grisáceas casi como en forma de zig zag por toda mi piel, parecidas a las que tienen un@s amig@s *Pitbull* que he visto por ahí.

Llegó hace poco una nueva vecina a quien le gusta adoptar y cuidar perrit@s sin hogar. Como yo soy una andariega, ella, como tod@s l@s demás vecin@s, me ven desamparada, jugando con Rodamonte, me ofrecen

comiditas y cobijo, juego y duermo con sus otr@s perros, nos rascamos el rabo contra los chamizos, nos revolcamos en las flores del monte, en el lodo, en estiércol de otr@s animales, y esta vecina queda impactada al vernos, nos baña a tod@s y me pone una pañoleta recién lavada y perfumada en el cuello. Yo, ante este olor que no me caracteriza, hago lo posible por revolcarme en cuanta suciedad encuentre para mejor oler a muchas cosas y no a un perfume de bebé 😊.

Mis vecin@s se impresionan al verme tan inmaculada, ríen y se sienten convencid@s de que yo, una vez más, regresaré hediendo, con la pañoleta registrando por cada mancha los lugares en los que me he metido y las deliciosuras y pestilencias que huelo, toco, rasguño, destrozo, pruebo y saboreo 😊.

Soy una perrita contenta, casi que se me parte el rabo de emoción cada vez que me topo con algún vecin@, pues sea con quien me tope, en algún momento me han ofrecido una casita o una camita seca, un buen tazón de comida y sobre todo, est@s vecin@s me han hecho conocer muchos quereres y pechiches perrun@s 🐾 ♡.

No hablo, pero con todo mi cuerpo manifiesto lo contenta y agradecida que vivo en el fresco y verde cobijo silvestre de estas bellas montañas 🌿.





ACADEMIA Y EDITORIAL MÁKTABA

¿Quiénes somos?

Academia y Editorial Máktaba es el resultado de la experiencia de un conjunto de profesionales, reunido para crear una editorial colombiana independiente: escritores, correctores, traductores, ilustradoras, fotógrafas, abogado y editores.


La filosofía de nuestra empresa es producir obras de gran belleza y calidad superior, porque el libro como objeto artístico es parte de lo que desencadena el amor por la lectura. Creemos que el mundo digital no está en competencia con la edición en papel, es por ello que nuestros libros se pueden encontrar en varios formatos como: libro impreso, libro digital y audio libro.

¿Qué hacemos?

Creamos libros comprometidos con el buen contenido, un excelente desarrollo estético e información única. Tenemos nuestra línea de labor social donde le apostamos a la palabra como sendero para lograr el diálogo y la paz.

Encuétranos en línea

contacto@editorialmaktaba.com
www.editorialmaktaba.com

 +57 3057131407

 /AcademiaMaktaba

 /academiaeditorialmaktaba

 /MaktabaAcademia





Este libro fue impreso como resultado del proceso Escribir para la Vida de la Fundación Cultural Máktaba, proyecto ganador de la Beca de Diálogos y Encuentros de Mujeres Rurales y Campesinas otorgada por la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte de la Alcaldía Mayor de Bogotá, D. C.

Edición de distribución gratuita preparada por el equipo de Academia y Editorial Máktaba

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Se terminó de imprimir en octubre de 2021 / rabí ul ájar de 1443





Las voces de las mujeres rurales y campesinas de El Verjón, sin filtros, sin intermediarios. Esa es la promesa de este libro, donde se recogen las historias que ellas sintieron que estaban preparadas para compartir, en la forma en que cada una quiso hacerlo: Prosa, verso, trova, diálogo..., por medio de un trabajo de creación horizontal donde importaron los sentimientos, los recuerdos y el compartir.

Conozca El Verjón, tierra de bellísimos paisajes detrás de Monserrate, una Bogotá rural y oculta más allá de los cerros, que abraza esta ciudad sin que la mayoría de sus habitantes siquiera lo sepa. Hágalo de la mano de estas escritoras que nos abren sus corazones y sus memorias con la misma calidez con que nos ofrecen una aguapanela con almojábana y una caminata por senderos rodeados de frailejones y lagunas. Ellas nos muestran la vida en Bogotá, otra Bogotá que la mayoría ni siquiera imaginamos, y que a través de estas palabras usted puede comprender.



Maktaba
Fundación Cultural



978-958-53817-0-4

Libro de distribución gratuita